



# Historias y Leyendas de Cuenca

MIGUEL TIRADO ZARCO

EDITORIAL ALFONSÍPOLIS

2ª EDICIÓN

## NOTA DEL AUTOR

Si hablar de Cuenca es contactar con la quiromancia, con la brujería, con la magia, con el desafío que emana de su sobria elegancia, haciéndola única, narrar sus historias y leyendas es introducirse en el mundo de la fantasía y de los mitos.

Esta tierra de extraños y alucinantes encantos, que parece haber surgido de la misma roca entre olor a cera y sabor a resoli, recobra antañonas historias y leyendas. Muchas de ellas son hechos ocurridos en el día a día de personas humildes, pero que merecen se den a conocer por su valor ejemplar o histórico, las cuales, aunque parezca que rozan la fantasía de lo imposible, están de acuerdo con el trasfondo de esta irrepetible ciudad, más parecida a una población ciclopea salida de la tormenta, el relámpago y el trueno.

Escasos datos escritos hay de ellas, todas son producto de las "oyendas" de personas que me han sido proporcionadas y del toque narrativo del autor.

Así quiero que se tomen, que se comenten y mediten, ya que, ante este mundo de lo irreal, es importante que nuestra fantasía vuele hacia el infinito haciéndonos acariciar todo lo que rezuma sabor a lo nuestro.

\*

Siendo Cuenca una ciudad que da pie a la fantasía, pues tan pronto es pétrea, como embrujada, enigmática y desafiante, adentrémonos en ese mundo quiromántico de sus interminables historias y leyendas que han brotado de ellas envueltas entre la piedra y el silencio.

## EL TORMO ALTO, UNA TUMBA PARA VIRIATO

Una de las muchas leyendas que todavía se comentan versa sobre el Tormo Alto, esa sublime figura que parece más bien el resultado de un acto de brujería en donde se juega con el equilibrio y alguna que otra ley física, considerado como la tumba de aquel pastor lusitano que recorrió a lo largo y a lo ancho la Celtiberia: Viriato.

Se dice que cuando un grupo de hombres de nuestra Serranía descubrió por primera vez el Tormo Alto quedaron ensimismados creyendo que se trataba de algo mágico y le bautizaron con el nombre de LA ESFINGE, pues servía para orientar a los que transitaban por la Ciudad Encantada, decían unos, y para otros representaba la imagen de un dios de pueblos antiguos, posiblemente desde la época de los griegos. Hay también quien dice que era la representación de una diosa lunar que llegó a castigar a los maridos que no eran fieles a sus esposas convirtiéndoles en piedras de formas extrañas.

Cuando aquel pastor lusitano, para otros un bandido, llamado Viriato, que infligió muchas derrotas a las legiones romanas, vino a ocupar Segóbriga recorriendo casi toda nuestra provincia, parece ser que llegó a enamorarse de una bella mujer conquense. Siempre que iba a visitarla a su casa llegaba rodeado de un numeroso grupo de hombres de su confianza, ya que no se fiaba de nadie, pues sabía que los romanos intentaban darle muerte al precio que fuese preciso pagar.

Como esa bella joven vivía en el centro del pueblo, se situaban varios de sus guerreros vigilando todas las calles que daban al lugar de donde se encontraba Viriato; el resto rodeaba el pueblo para que nadie entrase ni saliese sin ser controlado por ellos. Siempre procuraba estar en alguno de los campamentos más cercanos al pueblo de su amada, puesto que, al no encontrarse de campaña solía visitarla casi todos los días. A veces se pasaba largas temporadas sin aparecer por allí y contaban que, en varias ocasiones, al ser herido, tuvo que ser visitado por ella en su propio campamento.

En una época en la que los romanos le atacaban continuamente, resultó herido en una operación de limpieza que había desarrollado con un gran grupo

de acompañarla tanto a la ida como a la vuelta. Pero en una ocasión, cuando regresaba de verla, fueron atacados por un nutrido grupo de soldados romanos que sabían de esta circunstancia e intentaban por todos los medios apoderarse de la joven para tener maniatado al peligroso y escurridizo caudillo lusitano.

Aunque le tendieron una emboscada, el capitán que mandaba la patrulla supo dar buena cuenta de los atacantes al situar a sus hombres, todos perfectamente preparados para la guerra, en una ladera bien nutrida de pinos y carrascas. Allí aguantaron la embestida de los romanos, dejándoles adentrarse en aquel bosque, envolviéndoles en una bolsa hecha por sus guerreros para atacarles por todas partes a la vez. Aquello que podía haber sido una matanza para los hombres de Viriato y el rapto de su amada, terminó siendo otro severo castigo para aquel ejército invasor a base de acciones aisladas como aquella.

Al parecer, en otra de las visitas llevadas a cabo por la joven, ambos pasearon por la Ciudad Encantada a lo largo de varias horas, permaneciendo a la sombra del Tormo Alto la mayor parte del tiempo. Y, según se dice en la leyenda, Viriato dijo a su amada que si muriese en acción de guerra le gustaría que incinerasen su cuerpo en aquel lugar tan bello que la madre naturaleza había creado: el Tormo Alto. El beso de morir por muerte natural le pidió que lo enterrasen bajo aquella figura que para él representaba a su dios al que tantas veces se encomendaba allí mismo.

Dado que aquella noche los soldados de Viriato iban a celebrar una de sus últimas victorias sobre los romanos, éste pidió a la joven que se quedase a contemplar la fiesta que tenían preparada, ya que esto lo solían hacer en los noches de luna llena. Aunque el caudillo estaba herido, se celebraría este festejo al estilo que el pueblo celtibero tenía por costumbre, con la diferencia de que allí no bailarían en familia a las puertas de sus casas sino que lo harían los soldados. Tampoco sacrificarían víctimas humanas, en su lugar tenían preparados unos corderos y unas ovejas que desempeñarían la misma función.

Previamente, un grupo de guerreros preparó una fogata en el centro del campamento, empleando para ello madera de carrasca y pino, además de abundantes ramas secas, dando un aspecto fantasmagórico a aquel singular rincón de la Serranía conquense.

Como el Tormo Alto se encontraba en el mismo campamento en que se preparaba la fiesta, un grupo de soldados bailaron su danza típica alrededor de "La Esfinge", enardeciendo con sus gritos y gestos a todos los presentes. A continuación, sacrificaron ante el Tormo las ovejas y corderos que después servirían para que todos comiesen a lo largo de la noche, ya que solía prolongarse hasta el amanecer.

Una vez recuperado, Viriato continuó sus acciones guerreras realizando a veces prolongadas salidas, pero sin olvidarse nunca de su joven amada, y regresando

a su lado cuantas veces le era posible. Pero cada vez tenía más enemigos, no sólo entre los romanos sino entre sus propios hombres, muchos de los cuales le envidiaban y él lo sabía por lo que debía estar en estado de alerta continuamente. En una gran parte de la Celtiberia derrotó a sus enemigos en múltiples ocasiones causando pavor en los ejércitos enemigos, cuyos altos mandos conspiraron y enviaron consignas para que terminasen con él costase lo que costase.

Un día, tres de sus capitanes se vendieron por unas monedas asesinando a su jefe mientras dormía en su tienda del campamento. Pronto corrió la noticia como un reguero de pólvora y cuando los Celtiberos vieron muerto a Viriato, al que ellos bautizaron como Caudillo de las Libertades Ibéricas, en aquel pintoresco lugar de los riscos de Villacabra, en pleno Señorío de Molina. Se apresuraron a recoger el cuerpo inerte y ensangrentado de su jefe para evitar que pudiese ser profanado por sus incontables enemigos. Inmediatamente comunicaron a su amada la triste noticia acompañándola hasta el mismo pie del Tormo Alto en donde tenían el cuerpo del querido caudillo y jefe.

No resultó tarea fácil subir su pesado cuerpo a la cima de La Esfinge, pero una vez allí fue rodeado de tomillo y mejorana, siendo incinerado mientras sus guerreros danzaban alrededor de aquella tumba considerada la más bella que jamás haya habido en toda la tierra. Su amada alzaba la vista hacia aquellas llamas que encerraban el amor de su vida y lo consumían poco a poco hasta hacerlo desaparecer.

Terminaron de recoger sus cenizas y cuando ya llegaba el nuevo día, fueron esparciéndolas por toda aquella zona de la Ciudad Encantada, en donde uno de sus campamentos estuvo instalado muchos años. La encargada de aquella misión fue la joven conquense, que así lo había prometido a aquel hombre que aun habiendo sido un humilde pastor llegó a ser uno de los personajes más famosos de su tiempo y de la Historia de España.

Continúa diciéndonos la leyenda que durante bastantes años, una noche a la semana se podía contemplar desde lejos la misma imagen de la incineración del héroe, escena que impresionaba a todo aquel que llegó a verla y que, sin embargo los que se encontraban junto al Tormo Alto no apreciaban absolutamente nada. Fue un misterio que jamás supo descifrar mente humana.

También, durante algún tiempo, se llegó a oír el murmullo de las danzas que sus guerreros le dedicaron, así como los sollozos de aquella mujer conquense que amó a Viriato hasta después de su muerte y de la que nunca más se supo. Se dice que alguien la vio un día en la cima del Tormo Alto alzando los brazos al infinito y pronunciando a grandes gritos el nombre de aquel pastor lusitano que había llenado su corazón de amor.

## LAS BRUJAS DE MANGANA

Corría el año 1615 cuando el Santo Oficio de la Inquisición tuvo que tomar parte en un asunto relativo a la existencia de un grupo de brujas en la Torre de Mangana. Al parecer, varios vecinos de aquel barrio presentaron una denuncia al haber comprobado como todas las noches oían ruidos extraños, gritos alarmantes e incluso las vieron realizar danzas macabras consistentes en hacer círculos arrojándose finalmente al suelo. También se deslizaban de una parte a otra de la explanada, oyéndose sus rezos, sus carreras, al tiempo de quitarse y ponerse la toca repetidas veces pidiendo a gritos la presencia del diablo.

En el barrio y en toda la ciudad se comentaban estos hechos que venían a hacerse eco de ese tipo de creencias supersticiosas, muy arraigadas en esa época, las cuales se iban extendiendo como un reguero de pólvora por todo el país.

Se hablaba de que habían visto volar a un grupo de brujas por las noches, pasando éstas a las casas por las chimeneas como si de simples pájaros nocturnos se tratase. Nadie creyó, en principio, estos comentarios pero cuando empezaron a ocurrir casos horribles el pánico cundió por todo el barrio de Mangana e incluso por toda la ciudad de Cuenca.

Se comentaba que una noche varios vecinos habían visto volar al grupo de brujas sobre los tejados del barrio y luego detenerse en el corral o patio interior de una de las casas. Se comprobó a la mañana siguiente que todos los animales que habitaban en sus corrales como gallinas, conejos, palomas, patos, etc, aparecieron muertos sin señales aparentes de haber tenido una muerte aparatosa o brutal. Esto hizo que muchas familias decidiesen no salir de su casa después de la puesta del sol. No sólo temían por lo que les pudiese ocurrir a ellos sino por sus hijos y abuelos o personas mayores que vivían en sus mismos domicilios.

A partir de ese momento llegó a pensarse que dos señoras, vecinas del barrio, cuya vida era un misterio y además se dedicaban a curar el "mal de ojo", podrían ser componentes del conjunto de brujas que estaban complicando la vida a la gente, haciéndoles sentir miedo a partir de la llegada de la noche. Igualmente se comentaba que, otra mujer, la cual vivía sola y cuya profesión era curar la impotencia sexual de hombres y mujeres, podría ser también miembro de tan funesto clan.

Aunque casi todas las noches aparecían de una manera o de otra las brujas, hubo una semana que llevaron a cabo las típicas danzas y rezos dando enormes gritos. Pero la última madrugada azotaron puertas y ventanas con sus negras tocas, lo que originó un gran pánico entre las mujeres del barrio. Hasta qué punto no llegaría a aterrorizarlas que las tres únicas mujeres que entre ellas se encontraban embarazadas abortaron en el mismo día y a la misma hora.

Una nueva acción, en la que hubo desgracias personales, volvió a erizar el cabello a propios y a extraños, por lo que, nuevamente, una representación de vecinos acudieron esta vez al Santo Oficio a presentar la correspondiente denuncia. Un Comisario llevó a cabo las averiguaciones oportunas y se pusieron vigilantes para controlar cualquier movimiento anormal que surgiese a lo largo de la noche ya que en ese espacio de tiempo solían hacer sus salidas y sus acciones. Durante el día visitaron a las tres presuntas encartadas pero se llevaron una gran sorpresa al comprobar que ninguna de ellas estaba ya en su domicilio. Habían desaparecido sin dejar rastro alguno.

Al día siguiente, uno de los Comisarios del Santo Oficio, encontró en una casa semiderruida y abandonada a una mujer que se dedicaba a la tarea de adivinar el paradero de personas ausentes por un poco de dinero, aprovechándose de la credulidad y miedo de sus convecinos. Como la gente era muy supersticiosa, ésta hacía pasar a sus clientes a una habitación oscura, en donde los tenía toda la tarde, y luego al anochecer rezaba una serie de oraciones invocando a la luna, al principio, y luego a la persona de la que querían saber su paradero.

Otra noche ocurrió un caso curioso y a la vez distinto de lo que hasta ahora había venido ocurriendo. En una casa junto a Mangana vivía un padre y su hijo solos pues el resto de la familia había muerto, que tenían una huerta en la Hoz del Huécar. Una noche, cuando estaban echándoles de comer a los burros en la cuadra que tenían junto al patio, se abrieron repentinamente las puertas de dicho lugar y como había poca luz sólo pudieron distinguir a cinco o seis mujeres que les derribaron al suelo cayendo sobre el estiércol de las caballerías. Allí les arrastraron sin que ellos pudiesen hacer nada puesto que se sintieron faltos de fuerzas.

No había transcurrido aún una semana, cuando vino a ocurrir uno de los mayores dramas y quizá el que más terror llevó a las familias del barrio y de la ciudad. Durante la noche aparecieron sobrevolando los tejados un gran número de brujas, logrando hacer un ruido como si de un huracán se tratase. Se llegaron a percibir todo tipo de rezos y unas risas histéricas, al tiempo de hacer mover sus tocas negras como si fuesen alas de aves flotando en el aire. La gente se pasó la mitad de la noche sin poder dormir, bien por lo que pudieron apreciar o porque todos se temían que algo gordo iba a suceder.

Cuando el sol apenas ofrecía sus primeros rayos, unos gritos desgarradores salieron de una de las casas cuya puerta principal daba a la explanada de

Mangana. Una mujer daba gritos de terror y lloraba amargamente, pues su hijo más pequeño, de apenas un año, había sido encontrado en su cuna muerto con síntomas de haber fallecido por asfixia. Y en otra casa de la Plaza Mayor, una señora de avanzada edad había sido sacada de su cama violentamente por lo que, al caer al suelo, se había roto una pierna y una clavícula.

Todos estos lamentables sucesos hicieron que el Santo Oficio tomase cartas en el asunto, ya que lo ocurrido últimamente era muy peligroso, pues en el vecindario y en la ciudad había cundido ya el pánico. Tal era la situación que se formaron varios grupos, todos ellos de hombres voluntarios, provistos de armas diversas y sofisticadas, desde una simple estaca a enormes navajas, horcas, rastrillos o grandes garrotas.

Poca cosa consiguieron en sus rastreos. Señales hallaron en cantidad, pero personas que tuviesen vestimentas de la manera que se apreciaban por las noches, ninguna. Solamente llevaron ante el Santo Oficio de la Inquisición a dos mujeres que solían hacer poemas amorosos para conseguir hechizar a los hombres. El material fabricado para su acto de brujería era muy singular, pues utilizaban corazones de pájaros machos, los cocían y luego los troceaban. A continuación los colocaban en un plato con un poco de caldo, les recitaban ciertos conjuros y se los entregaban a sus clientas para que se lo diesen a comer a sus respectivos amantes. Al parecer, así los hechizaban y retenían a su lado, impidiéndoles que se fuesen con otras mujeres.

En el registro que hicieron en la casa encontraron figurillas de cera y en cada una de ellas había clavados dos alfileres. Parece ser que era la forma de hechizar a los hombres. También aparecieron diferentes figuras de yeso de pequeño tamaño en las cuales aparecían los dos típicos alfileres clavados. A la vista de estas pruebas fueron procesadas y examinadas, por los Calificadores del Santo Oficio, esta serie de objetos hallados en el domicilio inspeccionado.

Uno de los últimos casos fue la muerte de un niño recién nacido al cual le extrajeron las entrañas, porque, según decían, éstas fabricaban unguentos malféficos, una más de la serie de creencias supersticiosas que la mayoría de la gente tenía muy arraigadas.

De las brujas de Mangana se habló muchos años en esta ciudad de Cuenca, aunque también hicieron todo tipo de felonías otras brujas en el barrio actual de San Antón, así como en las huertas de las Hoces del Júcar y del Huécar. Aunque, si bien es verdad, entonces muchas personas sufrían alucinaciones producidas por la psicosis brujeil existente y quizás algunas acciones achacadas a las brujas fueran el resultado de cierta imaginación popular o de mentes absurdas que pretendían intimidar a la gente contando cosas horribles más propias de un sádico que de una bruja.

## LA PLAZA DE LAS TRES GRACIAS

Entre las calles de San Pedro y de Pilares, se encuentra una célebre y hermosa plaza llamada de San Nicolás. Las gentes de Cuenca han tenido siempre gran devoción a dicho Santo por considerarlo muy "milagrero" y dieron su nombre a la iglesia allí construida que alberga al Santo.

San Nicolás fue siempre considerado como el protector de la infancia y sus atributos habituales son "tres bolas de oro con las que libró de la prostitución a tres doncellas". Se le atribuye, además, la resurrección de cinco niños. Existía la costumbre en Cuenca de subir a la citada iglesia ubicada en esa plaza para solicitar tres gracias al santo en tres lunes consecutivos. Si el trayecto de ida y vuelta a dicho lugar se realizaba en silencio, de las tres gracias solicitadas concedía una. De ahí el nombre dado por muchos al referido lugar de "la plaza de las tres gracias".

La gente solía llevar a cabo esta petición de gracia a lo largo de todo el año, pero cuando más querían hacerlo era en el mes de diciembre, y, de manera muy especial, el día 6, ya que se celebraba en esa fecha su conmemoración. Antiguamente, en ese día señalado se decían dos misas muy populares: una era costumbre celebrarla a primeras horas de la mañana y a ella acudía mucha gente; la otra, al anochecer, momento en el que la afluencia de mujeres, sobre todo, era realmente masiva, pues la iglesia se llenaba totalmente.

Se cuenta que una de las primeras "gracias" que se recuerda fue aquella que hizo andar a un tullido. Parece ser que un día, cuando un joven regresaba a la grupa de un burro de realizar su trabajo en el campo, el bruto animal se espantó al acercarse unos perros yendo a dar en el suelo con su jinete, con tan mala fortuna que éste recibió un fuerte golpe en toda su espalda. Gracias que el asno, al dar la espantada, corrió a casa del joven, y, al ver la familia que éste venía solo fueron en su busca, encontrándole no muy lejos de la senda por la que recorría su habitual camino, tumbado en el suelo junto a los pedregales en que había caído, y doliéndose del tremendo golpe al caer de espaldas, el cual le impedía ponerse en pie.

Fue pasando el tiempo y, aunque durante varios años intentaron proporcionarle todo tipo de atenciones médicas y de potingues dados por curanderos con objeto de aliviar o curar su mal, nada pudieron conseguir.

Unas amigas animaron a la madre del joven a pedir a San Nicolás las tres gracias, y, aunque ella no era muy creyente, al fin se decidió a implorar la curación de su hijo al Santo milagrero, suplicando con lágrimas en los ojos pues era muy joven y tenía mucha vida por delante. Finalizaron los tres primeros lunes de sus visitas y nada ocurrió, pero ella continuó haciéndolo en varias ocasiones más, ya que llegó a tener tanta fe ciega en San Nicolás que se prometió no cesar en su empeño, pues algo en su interior la animaba y parecía decirle que el milagro se llegaría a producir.

Todos los días, la madre le ayudaba a ponerse erguido, pero rápidamente se desplomaba en sus brazos sin lograr dar un solo paso. Así, día a día, ambos se ponían a llevar a cabo aquel acto "inútil", según el padre; pues él sabía, solía repetirlo, que su hijo nunca volvería a andar, ya que no creía en aquellos "chismes" que la gente se había inventado, puesto que pensaba que las curaciones atribuidas al Santo eran "habladurías" solamente.

Pero como la vida es una caja de sorpresas constante y la fe "mueve montañas", vino a acontecer algo sorprendente. Un día, cuando aquella tenaz madre intentaba ayudar a su hijo, como siempre, a levantarse del lecho en el que tan largo tiempo se encontraba postrado, éste, en un pequeño descuido de su progenitora, se precipitó al suelo sin que ella pudiese evitar su estruendosa caída y llevándose un gran susto al verlo con gesto de espanto.

Tal fue el nerviosismo que embargó a tan amante mujer que no fue capaz de levantarse del suelo, por lo que corrió a la calle solicitando ayuda con gritos desgarradores. Sólo fueron unos minutos los que tardó en regresar acompañada de un grupo de vecinos, quienes desde la puerta de la calle oían cómo aquel joven daba enormes gritos llamando a su madre sin cesar. Todos pasaron alarmados ante aquellas voces, pero grande fue la sorpresa de la madre y acompañantes cuando vieron cómo aquél andaba de un lado a otro de la habitación sollozando y gritando de alegría, al ver lo que le estaba ocurriendo.

Otro hecho "milagrero" que se le atribuye a San Nicolás fue aquél que vino a ocurrirles a tres amigas, las cuales decidieron iniciar la petición de gracias al santo con objeto de conseguir que sus hijas, por las que pedían, sanasen

del raquitismo que embargaba a éstas. Según decían las madres, sus hijas eran enclenques y se temía por sus vidas, motivo por el que recurrían en súplica lunes tras lunes.

Transcurridos los tres primeros lunes se unió a ellas otra vecina que solía reírse de la actitud que habían tomado éstas en principio. El hecho de interesarle ahora era debido a que su hija pequeña no se encontraba bien y quería pedir al santo ayudase a la misma a superar aquel mal que la aquejaba.

El segundo lunes en que había empezado a acompañarlas ya dio origen a un primer incidente desagradable, pues comenzó a hablar en varias ocasiones obligando a sus acompañantes le indicasen, a base de gestos, que no se podía hacer aquello que pretendía. A partir de ese momento dejó de hacer el más leve comentario a lo largo de todo el recorrido. Pero al día siguiente, una vez comentado este detalle entre las tres amigas, decidieron pedirle que si volvía a reincidir en su intención de hablar, se abstuviese de acompañarlas otra vez.

Al siguiente lunes no hubo nada que objetarle a la desconcertante amiga, ya que durante todo el trayecto de ida y vuelta permaneció callada, pues parece ser que sabía demasiado bien la nulidad de petición de gracias si hablase. Esto traía tan preocupadas al resto que llegaron a pensar que estaban perdiendo el tiempo si aquella amiga volvía a insistir en mantener una conversación, pues ellas tendrían que rehuir de hablar ya que cualquier gesto podría romper la cadena que conllevaba a la consecución de la gracia que buscaban.

Pero cuando llegó el siguiente lunes les ocurrió algo irreversible y muy desagradable, pues al dirigirse las cuatro mujeres hacia la iglesia, aquella que les había venido creando problemas últimamente profanaba de manera irracional aquel acto que con tanta fe, humildad y esperanza hacían sus compañeras.

Ya se encontraban casi a mitad de camino del templo al que se dirigían todos los lunes, cuando la referida señora comenzó a hablar diciendo que aquello era un "cuento chino" y que no creía en nada de lo que estaban haciendo, pues ella les había acompañado varios días para ver las "patochadas" que hacían. Les dijo, además, que su hija ni estaba enferma ni nada por el estilo, que había sido una excusa para unirse a ellas con el único objeto de ver las tonterías que estaban llevando a cabo y reírse de ellas después delante de la gente.

Sus compañeras no hicieron comentario alguno a tan impertinente detalle, se miraron e iniciaron una marcha más acelerada dejando atrás a aquella mujer que al verlo comenzó a reír alocadamente, al tiempo de dirigirles frases como: "Estáis chifladas, sois unas beatas y vuestras hijas no se curarán nunca, están enclenques; mirad como me río".

Las tres amigas, avergonzadas y angustiadas, llegaron precipitadamente a San Nicolás, llorando amargamente por aquel horrible comportamiento tan insultante, no sólo hacia ellas, sino hacia el Santo. Ya calmadas, pidieron a San Nicolás por sus hijas y para que perdonase a aquella persona desleal que decía llamarse amiga de ellas. Cuando salieron de la iglesia llegaron a temer encontrarla en el camino de vuelta, motivo por el que pensaron cambiar su itinerario, dado que si hallaban a la que creyeron su amiga, podría originarse un altercado si volvía a insultarlas tirando al traste sus peticiones de gracia. Al cambiar el recorrido no llegaron a verla, dirigiéndose cada una a su domicilio con un desagradable sabor de boca.

Poco a tal circunstancia, aquellas tres amigas no dejaron de volver cada lunes a la iglesia de la Plaza de las tres gracias, implorando al santo sanase a sus hijas. Fueron pasando los meses y vino a ocurrir algo que sobrecogió a propios y extraños, ya que la hija por la que aquella señora simuló pedir la curación de una enfermedad inexistente contrajo un terrible mal del que al final de muchos años pudo sanar, quedando después aquel dicho de: "Quien se ríe de San Nicolás, no irá para adelante y sí para atrás".

En cambio, las hijas de las tres amigas superaron su endebles y se criaron fuertes, muriendo muy viejecitas. Aquellos actos milagrosos hicieron que cada día acudiese más gente a postrarse ante San Nicolás, solicitando el milagro de una curación. De tal manera que, ya no pedían solamente por personas, sino que llegaron a pedir por animales. Uno de los muchos ejemplos que se contaban fue el de aquella viuda que teniendo cinco hijos que sacar adelante, al poco tiempo de morir su marido, rogó al Santo que no permitiese la muerte de un asno que tenían, el cual estaba muy enfermo pero le era imprescindible para ir vendiendo verduras por todo Cuenca.

La devoción de los conqueses a San Nicolás es ancestral, viene de siglos, de tal manera que su iglesia fue siempre muy visitada por una gran cantidad de gente que veían en el Santo el único remedio para sus enfermedades. No siempre se conseguían las gracias pedidas, pero si lo fueron en muchos casos,

ya que la esperanza del enfermo no tiene fronteras sobre todo si mira en tono de súplica a "La Plaza de las tres gracias".

## LA CALLE DE LOS MADEREROS

Se cuenta que no existía rincón alguno en nuestra Serranía que no estuviese poblado de ese manto verde que forman las inmensas pinadas, como queriendo tapar la gran masa de piedras, cuyas figuras insultantes y altivas jugaban al escondite hasta encontrarse en rincones de atrevida hermosura. Allí, el pino era el rey, millones de estos singulares árboles de infinidad de especies iban a ser de vital importancia para Cuenca y provincia, pues entre 1858 y 1860 la madera multiplicó su valor.

En aquella época se trazaron los primeros caminos en zonas forestales y un nuevo sistema de transporte iniciaba su andadura: el carro, y, como consecuencia de ello, apareció en el mundo laboral una nueva profesión: los célebres carreteros de la Serranía, llamados "arrieros" por algunos.

Este cambio de conducción, que sustituía a las legendarias "maderadas", trajo consigo, o al menos a la par, la creación del "camino real" de Cuenca capital, una calle en dirección sur que recibió el nombre de "La Carretería". Esta vía, con trazado paralelo al río Júcar, también se llamaba calle "Madereros" ya que por ella era el paso obligado de los carros que transportaban la madera procedente de nuestra Serranía, puesto que su destino eran las fábricas de madera ubicadas en la carretera de Valencia.

A lo largo de esta nueva arteria se llevaron a cabo distintas construcciones, al principio con cierta lentitud, pero de pronto se fueron apiñando unas tras otras dando un aire más moderno a la ciudad. Una de las primeras edificaciones que se hicieron fue una posada de grandes dimensiones, con enormes cuadras para cobijar animales y un amplio zaguán para carruajes. Como, normalmente, los carreteros pasaban una noche, al menos, en la posada, había días de encontrarse en ella un buen grupo de éstos, pues les venía bien un descanso, a ellos y a las mulas que eran las encargadas de traer los carros repletos de enormes troncos. Las largas trasnochadas las ocupaban en hablar de cosas propias de su profesión y en jugar alguna que otra partida de cartas al tiempo de tomarse una jarra de buen vino.

También solían contar aquellas cosas que les venían ocurriendo en esas idas y venidas, ya que generalmente el recorrido lo hacían en grupos de carros, ya que

al tener que atravesar caminos angostos que encerraban todo tipo de dificultades, se ayudaban unos a otros. Era curioso verlos llegar a Cuenca, iban colocados unos tras otros tirados por varios animales; según la carga así era la "reata" de mulas que la componían. Atravesaban la calle denominada "La Carretería", nombre dado a aquella larga avenida en honor a los carros y carreteros que por ella transitaban. Estos se dirigían a los lugares de descarga situados en la carretera de Valencia, en las afueras de Cuenca, puesto que allí se encontraban varias fábricas, las cuales se encargaban de transformar en distintos modos de madera útil aquellos troncos de buena madera traídos de la Sierra.

Entre tantos millones de pinos y de los distintos tipos o clases, los más apreciados eran: el RODENO, cuya madera se utilizaba en la construcción y para pasta de papel, pues es rico en resina, alcanzando algunos hasta treinta metros de altura; el ALBAR, muy apreciado por su buena madera para carpintería y construcción, siendo su altura superior a los veinte metros; el DONCEL, llamado también pino piñonero, utilizándose en carpintería por su apreciada madera, la cual tenía poca resina; y, finalmente, el LARICIO o pino de Cuenca, el cual se empleaba para la fabricación de muebles, pues su abundante resina daba una belleza especial y diferentes coloridos, alcanzando una altura muy próxima a los cuarenta metros.

Allí, en lo más recóndito de la Serranía se llevaba a cabo la selección y "corta" de los pinos. Después se efectuaba la "saca", en donde los gancheros continuaban manejando con gran maestría y soltura aquellos enormes troncos en plena tierra firme con sus "bicheros". A continuación aparecían los arrieros o carreteros con sus carros y reatas de mulas con objeto de trasladar a los lugares idóneos para su transformación.

La grandeza humana de esta gente había que verla en esos momentos de sacar tronco a tronco de impresionantes hondonadas, de tremendos barrancales, para luego una vez colocados en rudimentarios carros tirados la mayoría de las veces por un par de mulas o burros, saliesen a caminos en donde solían añadirle algún otro animal para realizar el traslado definitivo, finalizando su tarea con aquel acarreo por caminos serpenteantes y sinuosos, llenos de obstáculos continuos.

En cierta ocasión, en la que ocho carros intervinieron acarreado una "corta", vino a suceder que cinco de estos vehículos correspondían a un mismo carretero, al que acompañaban cuatro de sus hombres, y los otros tres a otro carretero, con sus dos hombres de confianza. Como entre ellos había ciertas discusiones laborales pendientes de solucionar, durante el acarreo se lanzaron imprecaciones e insultos de mal gusto. Una de las noches que se vieron obligados a estar en pleno campo, uno de ellos empezó a dirigir palabras soeces al otro carretero intentando sacarle de sus casillas, ya que al parecer aquél le debía algunos acarreos de otras cortas a éste. El que disponía sólo de dos hombres tuvo que soportar toda una

serie de insultos del otro que se hallaba bastante bebido y acompañado por doble número de hombres, los cuales igualmente estaban muy bebidos.

Para evitar que aquella provocación se convirtiese en una absurda pelea, el ofendido no se inmutó y dejó que el ofensor dijese lo que le apetecía en esos momentos altaneros, teniendo en cuenta que en el estado en el que se encontraba su oponente no valía la pena medir palabra alguna. Poco a poco se calmó el ambiente y al fin pasaron los momentos más difíciles y todo quedó en agua de borrajas. Pasó la noche sin ningún otro incidente y, muy de mañana, apenas asomaron las primeras luces, engancharon las caballerías y reanudaron el camino, pues antes del anochecer de ese mismo día tenían que entregar su carga en una de las fábricas de Cuenca.

Su llegada a la ciudad fue normal, atravesaron la calle de "La Carretería" con sus carros repletos de troncos pero con claros síntomas de cansancio en los animales y en los mismos carreteros. Una vez que hubieron descargado la mercancía, cinco de los carros se dirigieron a la posada situada en la misma vía, y los otros tres a la posada que había a la entrada de Cuenca en la carretera de Valencia. Deseñcharon los animales, aparcaron los carros en el zaguán y a las mulas las condujeron a las cuadras para echarles una pastura y que descansasen, que bien ganado se lo tenían.

Pero cuando uno de los carreteros se hallaba terminando de cenar con sus dos ayudantes en la posada de las afueras de la ciudad, se presentó el otro carretero con sus cuatro acompañantes y sin mediar palabra la emprendieron a golpes con los primeros. Se armó tal revuelo que ambos grupos impresionaron a los clientes que había en esos momentos presentes, pues se dieron tremendos mamporros y lanzaron todo tipo de insultos.

Aunque el altercado duró poco tiempo pues la gente que había intervenido rápidamente, el resultado de la disputa fue de varios heridos de poca consideración. Lo que sí se oyeron fueron palabras malsónicas, fuertes y desagradables acompañadas de fuertes tacos producto del acaloramiento de algunos de ellos que no dejaron de maldecir en todo momento.

Y entre discusiones, idas y venidas y partidas de cartas, acompañados de algún que otro lingotazo de buen vino, los arrieros y carreteros se pasaban el tiempo entre acarreo y acarreo; pues entre ellos mismos había sus problemas como en cualquier otro gremio. Pero gracias a ellos y a al gran trabajo desarrollado con sus carros, sus mulas y sus acarreos, a una calle nueva que no tenía nombre se le adjudicó aquél de "La Carretería" y, poco después, de los "Madereros" como homenaje a aquellos hombres curtidos por todos los soles en la noble tarea de acercarnos la riqueza forestal de nuestra Serranía.

## EL YUGUERO DEL CASTILLO

En la parte más alta de la ciudad de Cuenca, en una pequeña construcción junto al Castillo, vivía un yuguero con su esposa y tres hijas. Este, al principio, se pasaba semanas enteras sin poder ir por su casa, ya que era el mozo de labranza de un señor al que araba sus tierras con un par de bueyes. Tenía un trabajo duro pues su señor disponía de grandes extensiones de terreno para cultivar cereales, enormes rebaños de ganado y poblados pinares. Ese contacto con la naturaleza le permitió conocer infinidad de plantas de características curativas de las cuales hacía acopio todos los años.

Por su trabajo recibía, en concepto de "anáfaga" o salario, cuatro cahices (medida de capacidad para áridos equivalente a 666 litros), un almud (medida equivalente a media fanega) de sal, una ristra de ajos, una orca de cebollas, dos sueldos para albarcas (calzado rústico), otros dos para queso y una parte de todo lo que sembrase. De lo que no percibía nada era del "alcacer" (cebada verde y en hierba) y del "herrén" (forraje para los ganados). Además, la gente que conocía sus habilidades como curandero le regalaba pollos, conejos, huevos, por los buenos servicios que les prestaba durante todo el año atendiéndoles en sus males y dolencias.

Fue un personaje célebre y querido, pues sus hierbas y los tratamientos que imponía, así como sus consejos, consiguieron aliviar a muchísima gente; la mayoría subían de las huertas, como de igual forma de la ciudad, aunque casi todos iban a buscarle en donde labraba con su pareja de bueyes por estar siempre en el campo. Cuál sería su fama que acudían a él familias ilustres de Cuenca y de las poblaciones de su alrededor. Por este motivo, su señor le llegó a permitir regresar casi todos los días a su humilde casa por las tardes.

Se comentaron mucho las curas que realizaba, algunas en personas de mucha solvencia de la ciudad. Por ejemplo, un matrimonio estuvo subiendo una temporada para que les tratase, al marido de cálculos renales (piedras en el riñón) y a la esposa de artritis. Al primero le hizo tomar dos cucharadas de aceite de oliva todas las mañanas, en ayunas; como no se desprendían las piedras, le sometió a una dosis mayor que consistió en tomar dos cucharadas soperas. Así logró que expulsase las piedras sin ningún tipo de molestias. No obstante, le hizo que siguiese tomando todas las mañanas una infusión de hojas frescas de tomatera,

consiguiendo así alejar definitivamente aquel doloroso mal. Disponía aún de otro tratamiento, consistente en una bebida formada por aguardiente, un poco de mentol y dos yemas de huevo. Esto se lo hizo tomar varias veces al día a otros, curándoles igualmente de aquel mal.

La artritis de aquella señora la curó de manera ingeniosa para muchos; en cambio para él era la normal. Como presentaba inflamación en las articulaciones y los dolores que sentía eran muy agudos y permanentes, le ordenó dos cosas: la primera consistió en tomarse una infusión de ortigas, debiendo beberse al día tres tazas del líquido resultante, y después de cada toma pasarse ortigas verdes por las partes en donde sentía dolores. Esta segunda parte era muy desagradable y la hacía con lágrimas en los ojos pero logró quitarse aquel mal que le impedía incluso dormir. Tal fue su curación que, en agradecimiento regalaron a sus hijas vestidos que, aunque no eran nuevos, a ellas les vinieron muy bien.

Cierta noche, cuando el yuguero se encontraba cenando con su familia, recibió una llamada urgente para que se presentase en la casa de su señor, pues éste tenía dolores fortísimos en el vientre. Rápidamente fue a verle y al comprobar sus síntomas determinó que se trataba de una úlcera de estómago. Inmediatamente ordenó que le preparasen, en un puchero, agua muy caliente y al empezar a hervir ésta le puso regaliz con objeto de hacer una infusión. Transcurridos unos minutos echó sobre un vaso parte del líquido para que se enfriase, dándole a continuación dos cucharadas grandes, las cuales pasado un rato empezaron a hacerle efecto y se quedó dormido. Antes de marcharse, el yuguero dijo que cada seis horas le diesen la misma dosis y que volvería a verle al día siguiente, pues si había hecho el efecto que esperaba tendría que bajarle la dosis a una cucharada cada ocho horas durante dos días más.

Al alba del día siguiente, al despertar su señor, vio que éste se encontraba muy bien y que los dolores le habían desaparecido, pero le rogó que continuase tomando aquellas cucharadas el tiempo señalado, recomendándole también que no tomase el café muy cargado, como solía hacer, puesto que se lo hacían con cebada mezclada con centeno (todo ello tostado). Le anunció que él le prepararía un café que venía tomando muchos años y no tendría problemas aunque lo tomase varias veces al día.

Este tipo de café había que hacerlo, según un consejo que le dio un pastor utilizando como materia prima unos kilos de bellotas. Se ponían en remojo unas horas, después de haberles despojado de la cáscara y la piel; luego, en una lata de cocer dulces, se colocaban dentro de un horno en donde se tostaban. Se dejaba enfriar y quedaban endurecidas. A continuación se trituraban igual que la cebada, quedando una especie de harina gruesa. Esta se echaba en un puchero de agua hirviendo, consiguiendo un tipo de café muy aromatizado y digestivo, al tiempo de proporcionar, al que lo tomaba una especie de relax.

Cuentan que otro día, en una fiesta campera, ocurrió que algunas personas tomaron algún alimento en malas condiciones y ocho mujeres y cinco hombres tuvieron una colitis muy fuerte. Como no se les cortaba, pidieron ayuda al yuguero, el cual cogió raíces de malvasisco, las hirvió y les dio a cada uno una taza del líquido obtenido en la infusión, cortándoles en unas horas las continuas evacuaciones, así como los molestos dolores. En el espacio de veinticuatro horas, todos, menos dos mujeres, quedaron perfectamente; sólo éstas tuvieron que tomar otra medicina varios días más. Se trataba de una infusión de romero, cuyos efectos se hicieron notar el primer día.

Como en toda la zona los inviernos eran muy crudos, tenían que soportar temperaturas muy bajas de hasta dieciocho grados bajo cero, ya que la nieve y los hielos se sucedían a lo largo de esta estación interminable de nueve largos meses. A la mayoría de los trabajadores en el campo le salían sabañones, que consistían en la hinchazón o ulceración de la piel, especialmente en manos, pies y orejas, produciendo fuertes ardores y picazón. También el yuguero les dio varios remedios, aunque los más efectivos fueron: hervir hojas de nogal o de apio, y con este líquido tomar baños tibios todas las noches en los pies y en las manos. Con respecto a las orejas, debían lavárselas varias veces al día y no secárselas, o también aplicarse en éstas durante media hora unas compresas empapadas del líquido conseguido anteriormente, a temperatura templada. Así se lograba evitar los picazones de la noche y hacer desaparecer poco a poco esa dolencia molesta e irritante, muchas veces desesperante.

Contaban de su buen hacer que había curado a mucha gente de "estañamiento", utilizando métodos ancestrales pero de una gran eficacia, puesto que todo aquél que seguía sus consejos terminaba olvidándose de tan desagradable trastorno. Era muy frecuente en las mujeres embarazadas y en personas de vida sedentaria o de una alimentación desequilibrada.

Para curarse debían aprenderse bien la lección que les solía impartir a todos, cuando iban en su busca para cortar su mal, recomendándoles bebiesen mucha agua, que comiesen verduras, legumbres, cereales, que tomasen mucha fruta y, además, andar al menos, una o dos horas diarias.

Se trataba de un hombre de energía sin límites y buen comunicador, pues sabía llegar a todas las gentes con una gran facilidad. Persona humilde que murió ya muy viejo en la misma pobreza en que vivió, trabajador incansable que hizo de su vida un servicio constante hacia los demás. Hombre de gran corazón que fue grande sin querer serlo por el hecho de colmar de felicidad a cientos de personas enfermas y que fue recordado siempre con el nombre de "El yuguero del castillo".

## LOS PASADIZOS DE LA CATEDRAL

Una vez conquistada Cuenca por el rey Alfonso VIII, éste fija su corte itinerante en ella con objeto de poblarla, y, por tal motivo, decide comenzar a construir una serie de monumentos entre los que destaca de manera especial la Catedral. Así que, cinco años después (1182) y con la colaboración de su esposa Leonor de Lancaster, inician tan importante obra. El lugar para su construcción es el espacio ocupado por la mezquita árabe existente, pues así les aconsejan los asesores de la reina, traídos expresamente de Inglaterra, por lo que el trazado de la catedral fue de estilo gótico e inspiración anglonormanda. Igualmente trajo maestros canteros, los cuales vinieron a enseñar las nuevas técnicas en construcciones de ese tipo que venían a ser del arte que aquella época dejó perfectamente reflejadas.

Una vez iniciadas las obras de excavación y finalizados los derribos correspondientes, descubrieron que del subsuelo de aquella mezquita árabe partían infinidad de pasadizos subterráneos de forma radial, hacia los cuatro puntos cardinales. Algunos de éstos eran bastante profundos y de gran longitud, disponiendo de una anchura aproximada de dos metros y una altura algo inferior. No obstante había otros más estrechos que servían de enlace entre los más amplios, destacando que algunos trozos habían sido perforados en roca viva. El entramado que unos y otros formaban impresionó a los que descubrieron estas obras, las cuales debían de haber sido proyectadas por personal muy cualificado, aparte de que allí habían invertido muchos años y abundante mano de obra, dada su extensión.

Parece ser que el mejor preparado era el que unía la casi derruida mezquita con la fortaleza árabe ubicada en donde se encuentra en la actualidad Mangana y el Seminario. Aunque no era muy recto debido a que debieron eludir los grandes bloques de roca viva, sí presentaba un trazado de líneas rectas que no evitaron que dispusiese de bastantes recovecos. De él partían ingeniosos respiraderos para alimentar en todo momento de aire puro aquella obra astuta y secreta que unía los dos recintos fortificados más importantes del alto mando árabe, pues, a través del mismo, se podían hacer trasiegos de fuerzas y víveres de un lugar a otro sin necesidad de que fuese presenciado en el exterior. En ambos lados, la entrada y salida estaban de tal manera disimuladas que era muy difícil descubrirlas, ya que daban a salones entre jefes de la milicia y por lo tanto vigilados continuamente.

Las bocas de salida estaban protegidas por un emparrillado de barras de hierro y sobre ellas un perfecto entarimado de madera, encima del cual descansaba una enorme alfombra árabe que hacía imposible pensar que allí se ocultase algo. Casi siempre la utilizaban para llevar a cabo reuniones importantes entre el personal que a través suya pasaban de manera inadvertida de un recinto a otro. Igualmente servía como importante medio de comunicación para el traslado de soldados o víveres cuando el enemigo intentaba ponerles asedio en aquella serie de luchas intestinas que hubieron de sostener con el ejército cristiano a lo largo de muchos años.

Quizá el pasadizo más corto fuese aquel que unía la mezquita con el paraje cercano a la iglesia de San Miguel, pues parece que descubrieron varias salidas muy camufladas entre unas grietas de rocas, las cuales simulaban una especie de cueva. Su recorrido era muy accidentado debido a que en ambos lados del, no muy amplio, pasadizo había peligrosas aberturas que conducían a pozos profundos en donde se percibía la existencia de agua. Se comentaba que algún prisionero cristiano pudo haber terminado en el fondo de aquellas simas, ya que muchos desaparecieron sin dejar ni la más leve señal de su existencia, además de que se encontraron algunos pasillos sin salida con infinidad de restos humanos.

Había otro pasadizo que llegaba hasta San Nicolás. Se trataba de una estrecha galería de trazado irregular que tenía varias direcciones, aunque al final desembocaba junto a la bajada de las Angustias. Su trazado se iniciaba por la calle de San Pedro y luego se desviaba a mano izquierda. En unos agujeros que había bajo la misma plaza, descubrieron gran cantidad de monedas, medallones y varios objetos de cerámica.

En este pasadizo, en su parte final, había mucha humedad dado que por su parte norte afloraba continuamente agua por las rocas que le servían de muro. Por este motivo estaba inclinado hacia la salida de donde siempre manaba agua, llegando en algunas épocas del año a ser más abundante. Como la salida al exterior no era muy grande y estaba bastante deformada a una altura del suelo próximo a los dos metros, era difícil determinar que aquello fuese una galería, pues además unos matorrales la tapaban.

Del anterior pasadizo salían varias derivaciones, una de ellas se dirigía hacia el Santuario de las Angustias pero debieron producirse derrumbamientos o corrimientos de tierras porque a unos treinta metros estaba taponada. También había otra galería hacia San Miguel, pero resultaba demasiado estrecha y no se podía respirar en ella con normalidad.

El subsuelo de la actual Plaza Mayor estaba cruzado por muchas galerías o pasadizos, algunos de los cuales se entrecruzaban. La leyenda dice que quizá la existencia de tanta galería subterránea era debido a que como los inviernos eran larguísimos y las temperaturas muy bajas, los árabes se dedicasen todo ese

tiempo a la construcción de estas vías de acceso de unos lugares a otros para evitar tener que soportar aquel frío al que ellos no estaban acostumbrados. Y continúa diciendo que si alguna vez tuviesen que levantar toda esa zona antigua de la ciudad llegarían a descubrir muchos pasadizos y galerías dejando asombrados a todos por su abundancia y por el trabajo empleado en ellas.

La más llamativa, por la diversidad de ramales que tenía, era la del Barrio de San Martín, no sólo por su trazado irregular sino porque contaba con varios niveles en algunos tramos. Disponía de varias salidas a la Hoz del Huécar. En la parte que daba a las Casas Colgadas, como consecuencia de la abundancia de la roca viva y no poder continuar horadando, debieron hacer unos amplios departamentos para enterrar a sus muertos, puesto que se descubrieron bastantes hileras de nichos en sus paredes y gran cantidad de huesos humanos en el interior.

En cambio, el pasadizo más espectacular fue el encontrado entre las calles de San Pedro y Julián Romero, no ya por sus variados recovecos sino por las derivaciones que del mismo salían. Dada su longitud, se vieron en la necesidad de hacer aberturas al exterior para la entrada de aire en todas ellas, protegidas por una reja de hierro de pequeño tamaño en lugares difíciles de encontrar, puesto que debían impedir que el agua o la nieve entrase con cierta facilidad, haciendo aquel lugar poco menos que impracticable en los largos inviernos y en los lluviosos otoños.

A ambos lados había departamentos muy bien protegidos y aireados; por el aspecto que presentaban, debieron ser lugares en donde se conservaba algún tipo de alimentos. Llamaba la atención un lugar a la misma salida de la mezquita, a los pocos metros de iniciarse aquella galería, que parecía una especie de habitación de aspecto similar al de una mazmorra, ya que en sus paredes rocosas se hallaban adosadas unas agarraderas circulares de hierro y enormes cadenas cogidas a las mismas, las cuales terminaban en grilletes. Además, una puerta de fuertes barrotes la separaba de la galería.

Igualmente, buena parte del subsuelo de la antigua mezquita árabe estaba hueco, ya que había pasadizos por todas partes. Era una manera particular de construcción de los árabes, que debieron ser expertos en ese tipo de trabajos. Ese es el motivo por el cual aparecieron toda clase de galerías a la hora de iniciar la construcción de la Catedral. Muchas de ellas fueron destruidas para que la cimentación fuese lo suficientemente sólida, pero muchas otras sólo quedaron taponadas, por lo que, al llevar a efecto enterramientos de Obispos, se encontraron con sorpresas de ese tipo en su interior.

Los pasadizos de la Catedral están ahí, siempre lo estuvieron, y es posible que algún día se pueda demostrar lo que refleja en esta leyenda, testigo fiel, sin lugar a dudas. Quizá entonces servirá al menos, para que esa serie de incrédulos, que existen, no se sonrían ante la eventualidad.

## LOS FANTASMAS DE SAN MIGUEL

De peripecia, lance que se alterna entre lo fantástico y lo asombroso, se puede definir a alguna irrealidad o invención relativa a la existencia de fantasmas, pues es curioso que la aparición de éstos haya coincidido siempre con épocas o momentos históricos trascendentales para un pueblo, donde la exaltación de la imaginación era siempre el plato del día.

Se cuenta una leyenda sobre los fantasmas de la barriada en que está ubicada la iglesia de San Miguel, los cuales aparecían por cualquier parte del casco antiguo de Cuenca, allá por el siglo XIX, época en la que la superstición, la brujería y la hechicería habían alcanzado aquí su punto más álgido.

Este barrio era el lugar de donde procedían una serie de fantasmas que tan pronto se dejaban ver por la calle Pilares como por la Plaza de San Nicolás, Plaza Mayor, Bajada de las Angustias, Mangana, Plaza de Ronda, calle Alfonso VIII e incluso en la Plaza del Trabuco.

Los momentos críticos y cambios repentinos ocurridos en España entre 1.868 y 1.874 dieron origen a ciertos problemas económicos, motivo por el que en todas las ciudades de nuestro país se llevaba a cabo un mercado negro, clandestino, de ciertos artículos de primera necesidad, ya que fueron años de escasez de los mismos.

Como entonces estaban de moda los fantasmas, "pantasma" para otros, hubo ciertas personas que se vistieron de esa visión quimérica para asustar a la gente a determinadas horas de la noche, al objeto de que la carga y descarga de mercancía no fuese presenciada por nadie. Así aseguraban dos cosas: que éstas visiones fuesen consideradas como aquellas otras apariciones públicas de otras personas que igualmente perseguían algún

fin y, por otra parte llevar a cabo un comercio clandestino de artículos que escaseaban y se buscaban si no a cualquier precio, sí a precio más elevado de lo normal.

Las noches en que se efectuaba la entrega de estas mercancías solían aparecer varios fantasmas por la Bajada de las Angustias que recorrían la calle Pilares, Plaza Mayor y calle de Alfonso VIII, dado que los artículos llegaban por la carretera de la actual playa. Los carros o vehículos similares que utilizaban los estacionaban en el Recreo Peral y desde allí eran trasladados, durante toda la noche, hasta las Angustias y la Plaza Mayor para luego pasarlos al lugar o lugares donde se almacenaban hasta su posterior distribución. La aparición de aquellas visiones en esos días de entregas era continua ya que nadie se atrevía a salir desde el anochecer; pues aunque muchos presenciaron estos ajetreos de idas y venidas escondidos tras las ventanas de sus casas, tenían miedo de hablar por las consecuencias posteriores.

Contaban que una noche hicieron acto de presencia tres fantasmas, cada uno de los cuales subió a la Plaza Mayor por tres subidas de San Miguel. Uno recorrió la calle Pilares, atravesó la Plaza Mayor, pasó por la calle del Colmillo y llegó hasta la Plaza de Ronda; nadie se encontró a su paso, estaba rodeado de un silencio sepulcral. Otro recorrió la calle Pilares, la subida a Mangana y llegó a la explanada, encontrándose a dos trasnochadores, los cuales, al verlo, huyeron a toda prisa nada más verle. El tercero paseó de abajo arriba la Plaza Mayor, continuando por la calle de San Pedro y llegando hasta la Plaza de San Nicolás donde al encontrarse con una pareja que por allí deambulaba, inició una carrera hacia ellos ahuyentándoles rápidamente por la calle de San Pedro arriba.

Al día siguiente, muy de mañana, las fuerzas del orden fueron preguntando a todos los vecinos que se encontraban si habían visto a alguien merodear por la Plaza Mayor esa misma noche, pues una familia acomodada que vivía en la misma Plaza de San Nicolás había sido objeto, esa misma noche, de robo y al parecer, de cierta importancia. Todo el que pudo decirles algo repetía lo que habían oído de los anteriores, que habían visto a varios fantasmas que hacían gesto ofensivos y gritos desgarradores, y emitían también sonidos guturales agudos para intimidarles. Nunca llegó a saberse quiénes fueron los "cacos" de aquel robo de buena cantidad de monedas

de oro y objetos de valor. Este nuevo hecho se sumaba a los fantasmas de San Miguel, los cuales cargaban con la responsabilidad de todo lo que venía ocurriendo por toda la zona.

Cuentan también que hubo una época en la que en una vivienda de una de las bajadas a San Miguel, vivieron dos "señoras" que, procedentes de Madrid, se instalaron en un pequeño local que tenían en la planta baja. A partir de ese momento comenzaron a aparecer fantasmas por todas partes y todos se dirigían al mismo sitio, ya que se decía que estas señoras se dedicaban a leer el futuro de sus visitantes. Otros comentaban que iban a jugar partidas importantes de cartas en las que intervenían personajes notables de la ciudad. Sin embargo los más avisados llegaron a decir que la principal actividad desarrollada allí era hacer "ciertos favores íntimos" al que los necesitase.

Como toda esta serie de cosas se llegó a saber en poco tiempo ya que corrió por la ciudad como un reguero de pólvora, se cuenta que una madrugada, cuando estas señoras llevaban a cabo su trabajo, la casa fue tomada por varios fantasmas, los cuales se enzarzaron en una pelea espectacular, hasta el extremo de que varias de estas visiones quiméricas tuvieron que ser atendidas de múltiples heridas y contusiones. Luego se hizo pública una noticia en la que se comentaba que había sido una niña, una pequeña pelea entre componentes de dos rondas de jóvenes y que los fantasmas intentaron poner paz. Ese fue el comentario generalizado que nadie creyó.

En otra ocasión, un grupo de amigos había decidido averiguar quien era el fantasma que muchas noches recorría varias calles de la barriada de San Miguel, y que en más de una ocasión había hecho volver a algunos de ellos amenazándoles con una larga cadena de hierro. Una noche, antes de la hora en que éste solía aparecer, se apostaron, por parejas, en cada una de las bajadas a la citada zona, quedando en imitar a una lechuga como señal cuando alguno le viese llegar.

Sobre las doce de la noche, el fantasma hizo acto de presencia la bajada que hay en la antepiazza, próxima a la subida a Mangana. Se comunicaron

la señal convenida y decidieron situarse tras las columnas de los arcos para sorprenderle.

Le vieron llegar a la antepiazza arrastrando unas fuertes y largas cadenas y, antes de que se apercibiese, se lanzaron sobre él sorprendiéndole con aquella rápida maniobra. Le sujetaron los brazos y piernas mientras dos de ellos le quitaban la sábana que cubría casi todo su cuerpo, logrando verle el rostro. De pronto, todos se quedaron boquiabiertos al comprobar que aquella visión no era sino el padre de uno de los allí presentes. Se trataba de un señor que con frecuencia asistía a una reunión donde se jugaba una partida de cartas y utilizaba aquel disfraz para que no pudiesen reconocerle.

Cuentan que otra noche pelearon varios fantasmas entre sí ya que al encontrarse todos en la calle Pilares vieron que dos de los seis que llegaron a juntarse no eran del grupo habitual que recorría aquel barrio, por lo que lo emprendieron a golpes con los dos intrusos y, tras una dura pelea, les vencieron, quitándoles la pieza grande de tela que cubría su cuerpo y cabeza. Se trataba de dos personas de cierto relieve y nunca se llegó a saber los motivos por los cuales se disfrazaban de aquel modo.

También llegaron a descubrir la identidad de otro que se vestía con una larga sábana y llevaba en cada mano una enorme cadena de hierro. Varios vecinos, cansados de soportar sus gruñidos y golpes de cadena en el suelo, le esperaron una noche consiguiendo dominarle. Al descubrir su rostro vieron que se trataba de un conocido viudo al que, desde la muerte de su esposa en un accidente, muchos no habían vuelto a ver; se decía que tenía depresiones y que eligió aquella vestimenta quimérica como desahogo a sus penas y pesares.

En suma, que la época de los fantasmas aquí no se podía calificar de aparición con forma de ser real, de algo imaginado, o bien, aparición de un ser inmaterial como el alma de un difunto. Nuestros fantasmas eran hombres de carne y hueso que buscaban algo sin que pudiesen ser reconocidos al vestir de aquella forma lúgubre. También hubo otros que lo hicieron por fatiga o excitación mental, mentes calenturientas que disfrutaban al ver como la gente seguía siendo supersticiosa y sentía miedo por naturaleza.

## EL MISTERIO DE LA CIUDAD ENCANTADA

Siempre se ha dicho que la Ciudad Encantada de Cuenca es el resultado de un fenómeno geológico resultante de la continua erosión originada por el viento, el agua y el hielo en un terreno calizo, ocasionando esas moles rocosas con figuras de animales, hombres y objetos, logrando una ciudad con apariencia dormida. Pero quien hace volar su fantasía puede llegar a crear una misteriosa, increíble y alucinante historia como ésta que vamos a referir más parecida a un hechizo, ya que aparecen figuras pétreas en un laberinto donde se da forma a lo irreal.

Según esta genialidad histórica, parece que hubo un rey en una tribu primitiva que a la vez era hechicero y que instaló a su pueblo en estas tierras, más propias para fieras que para hombres, sugestionado por tan singular belleza. Este tuvo unos sueños y en los mismos pudo ver hecho realidad lo que él quiso conseguir siempre: una ciudad ciclópea y laberíntica donde se desbordase la fantasía.

Quería una ciudad que fuese como sumergirse en un mundo de lo irreal y de lo fantástico, donde sus formas pétreas simulasen geniales esculturas configurando así una ciudad rupestre, dormida en el tiempo, sin ruidos, muda y habitada por personajes reales hechos de piedra.

El singular sueño parecía demostrar que ese secular encantamiento fuese el resultado de las metamorfosis continuas a las que aquel jefe hechicero sometió al innumerable ejército de rocas donado por la siempre generosa madre naturaleza, perfumando el ambiente con los inigualables olores a espliego, tomillo y romero, como si se tratase del mismo Edén. Asimismo quiso que fuese el asombro de geólogos y arquitectos ante el continuo desafío a las leyes naturales y de la gravedad, que ofreciese un sin par reto a las mentes más creativas e ingeniosas ante estas visiones quiméricas o sueños de inigualable alucinación.

Deseaba que, allí donde la roca y el árbol se unen en un abrazo eterno, esta ciudad rocosa, apasionante laberinto que metro a metro descubría una nueva figura, distinta a la anterior, nos mostrase esas moles pétreas que nos recordasen la visión de una ciudad aletargada y paralizada en el tiempo.

Quiso el rey de aquella tribu que la primera representación de tan singular ciudad de encantamientos estuviese presidida por el altar más esbelto que jamás levantara nadie: el Tormo Alto, que luego la historia lo distinguiría como un gigante pedestal donde incineraron el cuerpo de Viriato sus soldados, al vivo tributo al caudillo muerto a traición y que la leyenda inmortalizó en estas tierras duras, pero hermosas.

En aquel inmenso mar de piedra fosilizó majestuosas quillas de barcos como si estuviesen esperando el instante de ser botados, caso de que su pueblo tuviese que emigrar. Dio forma a las Setas, recordando un alimento que sus gentes tomaban con frecuencia, no muy lejos del Caimán dormido o en posición expectante, como si el letargo le hubiese hecho quedar inmovilizado. Un poco más adelante, "El Perro", ese canino animal compañero inseparable del hombre, pétreo figura con su cabeza en posición de permanente escucha para cuidar a su amo.

Allá por el desfiladero se contempla al Elefante, figura altiva que parece dirigirse al visitante del lugar recordando al fiel animal que en épocas de guerra desempeñó vital juego en el ataque a posiciones enemigas. A la derecha se aprecian las Muelas gigantes, como si las mostrase al Oso que se encuentra a su izquierda, dándole a entender a su pueblo que nunca tuvo miedo ante nadie ni ante nada, ya que siempre supieron enseñar sus "dientes" a los que intentaron dominarlos.

Después está el Yunque, figura que recuerda el lugar sobre el que se forjó la paciencia y firmeza de un pueblo trabajador como el suyo que supo luchar contra las adversidades y peligros que llegaron a cernerse sobre ellos. No muy lejos está el Caracol, que viene a perpetuar la imagen del nomadismo de un pueblo hasta que se establecieron allí. Para ello utilizaron el Dromedario acostado, que se halla próximo, con objeto de atravesar el inmenso desierto del tiempo que se necesita hasta que otras gentes puedan comprender el significado de estos signos con semejantes moles de roca, al tratarse de una realidad hecha fantasía.

Poco más allá hay modelada una Cara de Hombre, figura perfectamente lograda, ya que se trata del mismo rostro de aquel rey que tuvo la virtud de adormecer, petrificar y acallar a una ciudad cuyo modelo consiguió por medio de poderes mágicos. Se dice que no siempre ofrecerá el mismo rictus, ya que la historia advierte que su rostro permanecerá inalterable mientras dicho lugar sea cuidado por los hombres y se alterará cuando la penuria permita que su ciudad se malogre dejando de ser un lugar encantado.

Después, aparece el Puente Romano como símbolo de aquellas compactas construcciones del antiguo imperio que sirvieron para unir las tierras vastas, extensas, de aquella piel de toro que les proporcionaba el dominio y conexión de todas las rutas. También pretendió él, al reflejarlo aquí, unir los caminos escabrosos de la Serranía y eliminar las fronteras entre los hombres.

Un poco más adelante quiso que figurasen distintos animales, no propios de esta zona, pero que al tratarse de una sociedad alucinante, encantada, serían un complemento ideal. Para ello eligió un grupo de Caimanes, adecuados a lugares exóticos; una Foca con un balón en la boca, simulando un número de circo, y un cocodrilo con la boca abierta en actitud espectante sobre una quebrada roca viva como si se tratase de un caudaloso río.

Luego nos muestra el típico llamador, objeto muy representativo de esta tierra, ya que aparecía, y aún se conserva, en muchas puertas de entrada. No quiso prescindir de El Tobogán o la Montaña Rusa para diversión de niños y mayores. A continuación, otros animales: la Serpiente, el Rinoceronte, la Ardilla, el Hipopótamo, el Dinosaurio, la Tortuga, los Osos, la Rana, el Tiburón, variada fauna de una ciudad fantástica.

Una representación muy singular son las Bodegas, que se encuentran subiendo a una quebrada de las rocas y, que vienen a ser un tributo a ese lugar donde se elaboraba y guardaba el bíblico vino obtenido de un puñado de cepas que proporcionaban exquisitas uvas blancas y tintas. Próximo a éstas se encuentra el Teatro con sus cortinas descorridas, indicando a los humanos que este mundo enrevesado y equivocado es un teatro donde cada cual ha de representar su andadura particular siguiendo las costumbres griegas.

También nos muestra la Pila Bautismal para que en todo momento recordemos que gracias a ella no somos "una cosa" sino que tenemos un nombre

que se nos ha impuesto a todos dándonos a partir de entonces, una razón de ser y de existir. Allí cerca, a la derecha, está la Cárcel, para hacer constar que es un lugar que siempre debe existir para aquellos seres que no merecen vivir en libertad y rompen la convivencia de los demás cometiendo hechos delictivos.

Un poco más adelante, y visionando el futuro, presenta el Carro de Combate y los Centinelas, como anunciando que el odio de los hombres crearía artefactos para matar, dejando allí un ejemplo muy significativo. Así, también sitúa a los Centinelas para decirnos con ello la desconfianza que el hombre había originado en el mundo al poco de ser creado y que en la vida hay que estar en continua vigilancia.

En la misma dirección nos presenta un Sapo y una Rana en actitud de saltar, con objeto de que no se nos olvide nuestra perenne posición a fin de que en cualquier momento estemos listos para movernos, puesto que en la vida un descuido puede ser fatal. Algo más adelante aparece la Balanza, insinuándonos que no es bueno el desequilibrio y que debemos permanecer siempre en "el fiel", dado que tanto si se inclina hacia un lado como a otro se nos puede hacer caer.

Una gran representación futurista es la que nos encontramos con El Galeón, pues preveía que habría otra ribera al otro lado de los grandes mares y para surcar sus aguas sería necesario aquel tipo de embarcación. Otra visión increíble fue lo que podemos apreciar en uno de los extremos de la plaza mayor de la Ciudad Encantada: El Buzón de Correos.

Además podemos observar el Frutero, unas Botas de polaina puestas al revés, una lucha entre un Cocodrilo y un Elefante, una Cabeza de Lagarto a la escucha, la Puerta de un Convento, etc.

Aquel hechicero, y a la vez jefe de ese pueblo primitivo, que cita la historia quiso que sus gentes le recordasen como un buen rey al conseguir una maravillosa ciudad del futuro y para que persistiese a través de los siglos haciendo uso de su poder la convirtió en moles rocosas cuyos encantos durasen hasta la eternidad.

No cabe duda que la Ciudad Encantada, a la que se le ha atribuido un secular encantamiento, fue un acto de hechicería llevado a cabo en épocas

primitivas, adelantándose a los siglos. Ese lugar privilegiado que siempre ha causado admiración a propios y extraños ha venido siendo objeto de frases como la del geólogo Federico Botella: "Maravilla, más para el geólogo que para el poeta".

Esta ciudad adormecida, muda, solitaria, cuyas figuras desafiantes y altivas hicieron pensar que se trataba de los restos petrificados de una ciudad ciclópea, son según esta historia, la fosilización de las ideas de un rey que amó tanto a su pueblo como para crear una ciudad fantástica cuyas figuras caprichosas hicieron posible la existencia de "El misterio de la Ciudad Encantada".

## LOS LAVADEROS DE LANA EN LA CALLE DE LOS TINTES

Incálculable fue la riqueza ganadera de nuestra provincia en el siglo XVI, pues el emporio ganadero de La Serranía llegó a contar en la estación de verano con más de dos millones de cabezas de ganado. Pero, como el clima serrano era muy crudo en los inviernos, aquella ingente cantidad de animales debían abandonar aquel lugar buscando climas más benignos, por lo que a través de la Cañada Manchega los rebaños eran conducidos hacia el reino de Murcia o Andalucía.

■ Cuando llegaba el mes de septiembre las Cabañas se ponían en marcha hacia las zonas cálidas y regresaban a las dehesas de verano en la segunda quincena de abril. Cada Cabaña la formaban, al menos, mil cabezas, debiendo ir acompañadas por varias bestias de carga, un mayoral, un pastor, varios zagales, cuatro o cinco perros y un buen número de moruecos, una buena parte de los cuales iban encerrados.

Al llegar el mes de mayo todo este enorme potencial económico proporcionaba unas cuatrocientas mil arrobas de lana entre La Mancha, la Serranía y La Alcarria, dado que el esquila llevado a cabo por manos expertas era cuidado para no deteriorar el vellón ni herir a los animales. Toda esta lana se solía lavar en los lavaderos de Cuenca elaborándose algo menos de la mitad, en las fábricas de paños de la comarca. El resto, se exportaba al extranjero.

El río Huécar, como personaje discreto en la historia de esta ciudad, ha sido siempre testigo de una industria artesanal como era la limpieza de la lana en una época en la que Cuenca era considerada como uno de los más importantes centros textiles de la nación. En esa dura labor también puso su granito de arena nuestro río Moscaés, considerado, además, como el lugar en donde se hallaban las más exquisitas truchas y los más apreciados y sabrosos cangrejos.

Aprovechando las aguas del Huécar se establecieron sus lavaderos de lana de renombrada celebridad, como también se instaló el célebre Gremio de Tintoreros. Tal fue el buen hacer de estos artesanos que llegaron a teñir unas ciento cincuenta mil arrobas de lana, casi el cincuenta por ciento de la que se lavaba en aquel tiempo. Para conseguir ese buen teñido utilizaban azafrán y diversas plantas de las denominadas tintoreras, las cuales se venían cultivando en la propia vega del río Moscaés, siendo los colores que más resaltaban los ocre y los amarillos, que

luego utilizaban en la fabricación de alfombras y tapices, cuyas piezas alcanzaron un gran renombre dentro y fuera de España.

Una vez que habían pasado los gélidos inviernos de La Serranía, las Cabañas hacían los preparativos para regresar de Andalucía o Murcia e instalarse en nuestras dehesas hasta la llegada del otoño. A los pocos días de su vuelta se llevaba a cabo el arduo trabajo del esquila con "tundidoras" o tijeras de mano. Amontonaban la lana para después hacer el vellón, pues así se trasladaba más fácilmente hasta el lugar en donde debía lavarse.

El lavado se venía realizando en los ríos de poco cauce, puesto que debían estar de pie y de esa forma el agua no les llegaba nunca más arriba de la cintura. En Cuenca se hacía esta delicada y trabajosa operación en el Moscas y sobre todo en el Huécar. Allí había un buen número de lavaderos, no porque fuesen ninguna preparación especial, sino porque venía siendo habitual, ya que en la calle que bordeaba este río era donde estaban instalados los tintoreros encargados de tinter una gran parte de la lana lavada. Disponían de calderas adecuadas para tal fin y utilizaban madera de pino para proporcionar buen fuego, así como gran cantidad de plantas "tintoreras", muy abundantes a lo largo del Moscas y la flor de azafrán que era la más utilizada.

Comenzaban con esta singular y delicada tarea extrayendo la lana del vellón, la sacudían y después la troceaban para lavarla mejor, colocándola en el interior de unas canastas hechas de mimbre o caña. Estas cestas o canastas las colocaban dentro del río y allí les daban vueltas y vueltas, así la lana despedía toda la suciedad y parte de su grasa, pues ésta no la perdía toda, además esa lana con grasa era apreciada por los fabricantes de mantas, especialmente, ya que era de vital importancia para la buena manta, según decían. A continuación se tendía la lana lavada al sol para que se secase, circunstancia que tardaba unos días, puesto que tenía mucho mejor vista, aunque el vendedor parece que se inclinaba por dejarla húmeda, así el peso era muy superior a aquella que estaba seca.

El comprador la necesitaba bien lavada y muy seca, pues al estar ya así la colocaban inmediatamente en una máquina de fabricación casera, llamada "Diablo", la cual no sólo la cardaba, sino que la convertía en hilos. De allí pasaba a otro singular aparato, denominado "Urdidor", que se encargaba de hacer bobinas para luego pasarla a los telares en donde se fabricaban mantas de gran calidad y lujosas alfombras en colores diversos, muy apreciadas a nivel nacional.

Para conseguir la variedad de colores de lana debían desarrollar una nueva y curiosa labor importante, la cual consistía en tinter aquellos hilos, para lo que utilizaban plantas tintoreras muy diversas y sofisticadas. Llevaban, también, a cabo un sistema de tinte muy curioso y llamativo, que se practicaba con bastante frecuencia; éste se conseguía al tinter lana con humo de chimeneas de las casas

y lo depositaban, una vez bien seco, donde había lana blanca dispuesta para el tinte, obteniendo un bonito color marrón con tono fuerte.

Los tipos de lana que más aceptación tenían era de ovejas y carneros, motivo por el cual éstos eran siempre la producción más importante. La lana de mayor calidad que se fabricaba era la del carnero merino, ya que solía ser la más fina. Venía siendo normal que los centros laneros principales se estableciesen en algunas de las ciudades que se encontraban sobre las mismas rutas de la trashumancia de la Mesta, entre las cuales se encontraba Cuenca, de manera especial.

Pero aquel emporio industrial tan floreciente e importante para Cuenca y provincia sufrió un grave traspie a mitad del siglo XVI tras una decadencia enorme de los ganados, como sería ésta que no llegaron a lavarse ni ocho mil arrobas de lana. Y con la escasez del ganado, vino el desastre.

Hasta unos ciento cincuenta años más tarde, ya en el último cuarto del siglo XVIII, no llegó la recuperación por lo que hay datos y cifras que demuestran que en 1781 se calculaba que habría en Cuenca alrededor de un millón y cuarto de cabezas de ganado, entre vacuno, lanar, cabrío, etc. Como consecuencia de este fortalecimiento se llegó a conseguir algo más de cien mil arrobas de lana, equivalente al setenta por ciento de lana normal y al treinta por ciento de lana fina.

Todo esto trajo consigo que aquellos lavaderos del río Huécar volviesen a su antigua actividad, así como que el Gremio de los Tintoreros pusiese en funcionamiento aquellas calderas tras un letargo tan prolongado. Igualmente, las plantas tintoreras empezaron a apreciarse de nuevo y familias enteras se dedicaban a recogerlas y a tinter la mayor parte de la lana lavada. La calle de Los Tintes, muy cerca del río Huécar era conocida desde siempre, pues su nombre venía impuesto por estar allí instaladas, desde la antigüedad, las tintorerías por las cuales pasaban anualmente miles y miles de arrobas de buena lana.

Intensa actividad tuvo a lo largo de varios siglos este río, ya que en sus aguas se lavaron millones de arrobas de lana de las mejores razas de ovejas que en aquella época existían. Más de la mitad de esta lana se exportaba al extranjero, muy apreciada dada su calidad, y nuestra ciudad de Cuenca llegó a ser muy famosa.

Pasear, ahora, por tan popular calle y contemplar el, a veces, goteo de su histórico río Huécar, nos hace sentir pena ya que merecería tener un cauce arrollador como lo tuvo en sus épocas de trabajo, laboriosidad y gloria, aunque sólo fuese en pago al valor social y humano que a lo largo de los siglos discurría con él en nuestra ciudad.

No obstante, aún quedan, a lo largo de parte de su cauce, unos árboles de singular belleza, los sauces llorones, los cuales han dado un gran valor ornamental a nuestra calle de Los Tintes, la más famosa en la historia de Cuenca.

## LA HUERTA DE LAS ORTIGAS

En el margen izquierdo de la carretera a Palomera, allá por el siglo XIX, más exactamente en el año 1887, entre las huertas existentes en aquella extensa hoz del Huécar, había una conocida con el nombre de la "Huerta de las Ortigas", dado que en ella se cultivaban, de manera especial, ortigas. Concretamente la denominada Ortiga Mayor, planta dióica, de sesenta a ochenta centímetros de altura y hojas lanceoladas. De esta clase de ortigas se ha dicho siempre que son portadoras de un depósito de propiedades medicinales.

El dueño de dicha huerta era un verdadero amante de las hierbas medicinales, por lo que, allí, en unas parcelas, cultivaba innumerables clases de hierbas, pero sobre todo, ortigas, pues solía decir que "servían para curar muchas enfermedades de personas y animales". Igualmente comentaba con mucha frecuencia que: "La ortiga era tan antigua como el perro, pues había nacido con el hombre". Tanta era la fama de sus plantas que acudían a él gran número de personas con la esperanza de aplacar sus dolencias y sus males, pues tenían fe en ellas.

Esta costumbre la había heredado de su abuelo paterno, que, según decían, fue un famoso curandero que utilizaba las plantas que él mismo cultivaba en unos terrenos de su huerta. Un día el abuelo le había dicho que las ortigas eran conocidas por sus efectos benéficos con respecto al hígado y la sangre. Recomendaba siempre a mucha gente que tomasen todos los días, en ayunas, una infusión de ortigas, comprobando al poco tiempo que se recuperaban y fortalecían, puesto que venía a ser un revulsivo fuerte. También aumentaba la producción de orina y actuaba de antihemorrágico en infinidad de ocasiones.

La ortiga es una planta herbácea cuyas hojas son aserradas por el margen y están cubiertas de pelos urticantes muy molestos; sus flores son verdosas. Recomendaba a los que acudían a él que la infusión de ortiga se debía tomar

preferentemente en primavera, antes de que los tallos se endureciesen; en cambio para utilizarla cruda el momento ideal de su recolección era el verano.

A las mujeres embarazadas les proporcionaba ortigas frescas para que tomasen infusiones, ya que eran muy buenas de tomar en ese período y sobre todo, en la época de la lactancia. Ellas veían que se sentían más fuertes y que producían más y mejor leche para sus hijos, los cuales se criaban muy robustos pues en aquel tiempo se les daba el pecho durante varios años. Muchas madres llevaban al curandero a sus hijos de constitución débil y al poco tiempo recuperaban su salud.

En cierta ocasión fue a verle un matrimonio con objeto de ver si encontraba solución al problema de la caída del cabello de su marido, además de que el pelo se le estaba volviendo de color blanco intenso. El curandero le recetó uno de aquellos potingues que había aprendido de su querido abuelo, consistente en hacer una infusión con Lantana, que era un arbusto que crecía espontáneamente en los bosques que están muy expuestos al sol, así como con ortigas. De esa manera conseguía una acción de excelentes resultados evitando la caída del cabello al tiempo de lograr que aquellos cabellos blancos se tiñesen de un bonito color negro brillante.

Quienes recurrían a él por padecer diarrea, tanto si era para niños como para mayores, les preparaba extractos de ortiga que luego ponían en una jarrita con alcohol de frutas de cuarenta grados. Lo dejaba reposar una semana y después lo filtraba, quedando una tintura que colocaba en un frasquito con cuentagotas, ya que su receta era que diesen al enfermo veinte gotas diarias hasta que desapareciese la diarrea, la cual, normalmente se cortaba rápidamente. Dada la forma de su preparación, él solía tener siempre de reserva.

\* Cuando tenía que tratar a los enfermos de gota, que sentían fuertes dolores en el dedo gordo del pie, les preparaba una infusión de ortiga y les hacía tomar dos o tres tazas diarias. Estos enfermos comenzaban a sentir mejoría a las veinticuatro horas y en el plazo de unos días se veían totalmente recuperados de su dolencia.

Si los enfermos que llegaban a sus manos sufrían de hemorroides se las ingeniaba preparándoles un jarabe casero a base de puntas de ortiga. Cogía

hojas tiernas y verdes, las lavaba bien, dejándolas secar después. Una vez que estaban bien secas, las ponía a cocer en una cacerola sin ponerles agua, luego las colocaba en un paño y las aplastaba para obtener su jugo. Conseguido este objetivo, se mezclaba con miel en proporciones iguales, dejándolo dos o tres días en un lugar fresco. Transcurrido este tiempo había que tomarse tres o cuatro cucharaditas al día a fin de que surtiese efecto. Normalmente, al final del primer día del tratamiento, empezaban a sentirse sin molestias y con pocos dolores.

El mayor número de los clientes que se pasaban por la huerta en busca de la "tisana" que curase sus males eran aquéllos que padecían algún tipo de reumatismo. Aparte de proporcionarles alguna bebida medicinal de su hierba preferida, les fustigaba la parte del cuerpo dolorida con un buen nutrido puñado de ortigas, y, aunque eran momentos desagradables y molestos, después de los resultados obtenidos valía la pena soportar tan singular y variopinto tratamiento.

La ortiga la consideraba siempre como un excelente digestivo y por lo tanto un buen estimulante para los movimientos peristálticos del intestino. Por este motivo, a todos los que tenían digestiones pesadas y lentas, les hacía tomar ortigas en sopa o con patatas y también en forma de puré. Era lo mismo si se trataba de niños o mayores, y aunque la mayoría se quejaba al principio de su sabor amargo, pronto se acostumbraban viendo los resultados obtenidos.

Otra receta, también muy utilizada, era aquélla que aplicaba a quienes se le presentaban erupciones o urticaria de origen alimenticio. La terapia que les aplicaba consistía en llevar un régimen de ortiga en las comidas principales, bien haciendo una infusión o tomándola cocida en una cantidad de cincuenta a sesenta gramos cada vez.

Este buen huertano y mejor curandero, demostró que el buen aspecto de los animales de carga, así como de las dos vacas que tenía, era debido a que les mezclaba en su alimentación ortigas secas y trituradas. Además de la buena salud que hacía disfrutar a estos rumiantes, les proporcionaba un pelaje reluciente y muy suave, además a un brillo especial que llamaba la atención. De igual forma le echaba a los patos, gallinas, pavos y pollos, procurando darles trozos pequeños de hojas secas de ortiga. Estos, además de criarse fácilmente y con gran tamaño, le daban muy buena carne.

Desde siempre ofreció ramos de ortigas a los menos jóvenes para que se azotasen el cuerpo, ya que era un método eficaz para volver a adquirir el vigor perdido, o al menos, mantenerlo. Los lugares más apropiados para hacer aquel pequeño "castigo" eran: las nalgas, los riñones y bajo el ombligo. Aunque estas acciones provocaban una fastidiosa picazón de todos conocida en el momento de tomar contacto con la piel, el resultado era muy satisfactorio.

El huertano en cuestión, además de cultivar con especial esmero su famosa huerta en la que conseguía los típicos pepinos, tomates, acelgas, ajos, cebollas, patatas, zanahorias, pimientos, etc, dedicaba unas parcelas a plantar berros, borraja, salvia, malvasisco, manzanilla, etc, sin olvidarse de sus ortigas, que eran la estrella de su huerta.

El cultivo esmerado de las ortigas era herencia de sus antepasados e igual que ellos, esta planta la solía consumir con mucha frecuencia como verdura, otras veces en infusiones y otras las hervía y sazónaba con sal y aceite. Incluso las utilizaba en ensaladas con tomate, pimiento y cebolla para picar entre comidas fuertes.

Desde siempre, aquella huerta era conocida no sólo por los habitantes de la ciudad de Cuenca, sino también por gentes de todas las condiciones sociales de los pueblos de su alrededor, por ello se le bautizó con el nombre de "La huerta de las Ortigas".

Y, como es natural, a lo largo de su vida le ocurrieron muchas anécdotas, pero la más curiosa fue la siguiente: Un día, dos ladronzuelos quisieron robarle los productos de su huerta, para ello aprovecharon la oscuridad de la noche pero tuvieron la mala fortuna de que uno de ellos tropezase y cayese sobre unas enormes plantas de ortigas. Los pelos urticantes de éstas se le incrustaron por todo el cuerpo, aunque de manera especial en el rostro y en las manos. Tal fue la picazón que sintió sobre las partes citadas que empezó a sentir miedo y a lanzar gritos alarmantes, que fueron oídos por el huertano, el cual acudió al lugar del siniestro.

Tuvo que llevar a su hocino al herido y a su acompañante para aliviar al primero de aquel tremendo malestar. Le preparó un ungüento a base de aceite de oliva con el que pudo quitar la picazón, así como mejorar el aspecto de su rostro, el cual estaba plagado de puntitos rojos inflamados.

Todavía hay gente mayor que viene utilizando estos "potingues", imitando a aquel recordado huertano y genial curandero que hizo verdaderos "milagros" con sus ortigas.

## EL MILAGRO DE LA PESTE

Existe una leyenda de lo acontecido en esta ciudad de Cuenca allá por el siglo XIII cuando se declaró por toda esta región una epidemia de peste. Esa grave enfermedad cuya crueldad se muestra en el número elevado de muertes que se lleva consigo, que vino a asolar esta zona de manera implacable a excepción de nuestra ciudad. Se comentaba que las primeras referencias de este tipo de peste procedían de Antioquia, de donde pasó a España.

Cuando en los últimos días del mes de junio de 1283 llegaban a Cuenca desagradables noticias de una terrible epidemia de peste bubónica, los habitantes de ésta se alarmaron, ya que conocían las huellas de crueldad y desolación que estaba dejando en toda España. Especialmente se sentían preocupados por la abundancia de esa especie de roedores que eran los agentes responsables más directos de su transmisión: las ratas.

Aunque este tipo de roedor solía verse con más frecuencia por el día rondando los basureros, se sabía que en el subsuelo de la parte alta de la ciudad, en aquel sinnúmero de galerías y pasadizos dejados por los árabes, los había en abundancia. Por este motivo, cuando a primeros de junio de 1283 se dieron varios casos de peste bubónica ocasionados por picaduras de pulgas contaminadas, la población entera sintió pánico. Muchos se fueron al campo en busca de "cargas" de mejorana, tomillo y cantueso, ya que con estas plantas se hacían hogueras para purificar el aire en sus casas y en la calle.

Los cuenguenses tenían por costumbre visitar una ermita construida junto al puente por orden del rey Alfonso VIII, recordando el hecho histórico de la toma de Cuenca. En ella se veneraba a la Virgen de la Luz, San Antón y Santa Ana. Recurrían a ella solicitando que les protegiese la Señora de aquel mal que ya había brotado en la ciudad, aunque todavía eran pocos casos y estaban controlados. Sobre el día 20 de julio se conocieron otros enfermos de peste en familias de algunos de los afectados, quizá por contagio de éstos. No obstante, aunque en otros lugares esta epidemia estaba originando muchas muertes, aquí no se había producido ninguna todavía, pese a que varios se encontraban en muy mal estado.

La gente acudía a la ermita de San Antón a pedir a la Virgen que aquella epidemia que empezaba a multiplicar su número de casos, cediese; pues cada momento que pasaba llegaba más gente a la ermita comunicando que por mu-

chas partes aparecían personas con fiebre, dolor de cabeza y vómitos, señales de que la cruel enfermedad iba tomando cuerpo.

Así llegó el día 23 de julio, fecha en la que murieron dos enfermos de peste bubónica, y, aunque se trataba de dos señoras muy entradas en años, la gente estaba impresionada por tales hechos. Esa misma tarde un gran gentío llenó la ermita de San Antón e incluso muchos permanecieron agolpados en su puerta. Sus rezos y plegarias se oían bajo aquel silencio que parecía anunciar algo fatídico y desolador, dadas las noticias que corrían del elevado número de afectados.

Los dos días siguientes fueron de un gran nerviosismo y a la vez de esperanza, pues, aunque la epidemia seguía su curso, no había ocurrido ninguna muerte más. Se comentaban noticias totalmente contradictorias, pues mientras unos decían que los enfermos mejoraban, otros comentaban que muchos más se sumaban a los que sufrían semejante pesadilla de dolor. Y de esta manera se llegó al día 26 de julio, en que desde las primeras luces del alba, se oyó un clamor en toda la ciudad al correrse la voz de que los enfermos se recuperaban de manera milagrosa y que hasta los más graves se habían recuperado increíblemente.

Ante semejante noticia, cientos de personas se lanzaron a la calle dirigiéndose de forma multitudinaria a la ermita de San Antón con objeto de dar gracias a la Virgen por su intercesión, ya que ese día era la festividad de Santa Ana, esposa de San Joaquín y madre de la Virgen. Por tal circunstancia se erigió en la Catedral el altar de Santa Ana, en agradecimiento por haber liberado de la peste a Cuenca. En aquel tiempo, el Santo Padre, era Simón de Brión, conocido con el nombre de Martín IV, quien no residió en Roma, pues, siendo de nacionalidad francesa fue Canciller de Luis IX de Francia e intervino en la lucha entre Alfonso X de Castilla y su hijo Sancho.

Cuenta la leyenda que la desolación y muerte causada en nuestra provincia fue grande y que no remitió hasta bien pasado el verano de 1283. Una vez conocidos los resultados crueles de aquella infernal peste, los cuencenses residentes en la ciudad no salían de su asombro, por lo que la devoción a la Virgen se acentuó aún más si cabe. Nadie podía creer lo acontecido, especialmente a partir de que desde la festividad de Santa Ana todos los enfermos se recuperaran tan rápidamente sin que se les pusiese tratamiento alguno.

Las consecuencias que originó en otros lugares resultaron altamente negativas, pues el mal se presentó de manera tan cruel que en el cuerpo de muchos enfermos aparecieron una especie de tumorcillos repletos de pus y muy dolorosos. Este brote devastador producido por aquella maldita, maléfica y demoledora peste dejó un horrible recuerdo en toda la zona, acentuándose más porque eran años de hambre y de luchas intestinas entre los hombres.

Cuenca y sus habitantes se libraron en esta ocasión de tan maloliente y horrible mal y gracias a los privilegios otorgados en tiempos de su rey Alfonso VIII con

la concesión del Fuero, no llegaron tampoco a conocer los horrores del hambre y de la guerra, pues aquel buen rey quiso que los habitantes de Cuenca y sus sucesores, al disponer de estos privilegios, evitasen todos los litigios que pudiesen surgir entre sus moradores. Y así se lee en el citado Fuero: "Con arreglo a las leyes escritas y el uso de la costumbre, en pro de la salvaguardia de la paz y el derecho de la equidad entre el clérigo y el seglar, entre el ciudadano y el campesino, entre el necesitado y el pobre".

Continúa diciendo la leyenda que llegaron a ocurrir curaciones increíbles. Entre ellas, cita la de aquella humilde familia que residía en una semiderruida vivienda, junto a la muralla del Castillo en la que sus nueve moradores vivían casi amontonados, dado que sólo disponían de dos pequeñas dependencias y una cocina que hacía las veces de "todo". El corralón que tenían a su espalda, al aire libre, era destinado a todos los "servicios" y a basurero.

Esta familia la componía un matrimonio, sus cinco hijos varones y los abuelos maternos, contando el mayor de sus hijos quince años. El trabajo del cabeza de familia era leñador y en él tomaban parte los tres hijos mayores y, en algunas ocasiones, su esposa, cortaban leña que luego vendían llevándola a la grupa de un pequeño asno; eran tan humildes, tan pobres, que en muchas ocasiones vivían de las dádivas de la gente.

Los dos primeros que contrajeron la epidemia fueron el abuelo y el más joven de los hijos. El primero permaneció en cama cerca de tres semanas con fiebres y continuas diarreas, en cambio el segundo tenía gran parte de su cuerpo cubierto de "bubas" (especie de tumorcillo) con mucha pus, produciéndole un continuo y molesto dolor. Comían muy poco y los accesos febriles les adormecían todas las tardes.

Unos días después se contagiaron la madre y uno de los hijos mayores, al parecer por inhalación a través de los esputos, ya que el abuelo solía toser mucho. Una noche la abuela comenzó a sentir escalofríos y vómitos hasta el punto de temer por su vida. Varios días después enfermaron el padre y dos de los hijos, quedando a salvo de contagio solamente el hijo mayor, el cual se pasaba tanto el día como la noche pendiente de la atención de su familia.

Precisamente de los ocho miembros que venían padeciendo aquella enfermedad sólo los dos abuelos continuaron unos días después del célebre 26 con algo de fiebre y tos, pero los otros seis, en aquella histórica fecha, se sintieron de tal manera recuperados que hasta el joven atacado de tumorcillos pudo ver como éstos le desaparecían como si de un milagro se tratase.

Otros muchos casos vinieron a demostrar que aquello era obra de Santa Ana, a la que había recurrido el pueblo de Cuenca y que permitió que en el día en que se conmemoraba su fiesta la peste remitiese de manera rápida y feliz para los habitantes de la ciudad.

## LAS CASAS COLGADAS DE CUENCA Y LA CORTE REAL

De origen tobelio y musulmán, Cuenca fue emplazada estratégicamente en el espolón formado por un cogollo de piedras calizas cretácicas y encasillada en la cima de un excepcional reducto natural. En aquel inigualable lugar donde está asentada, arranca la típica fisonomía urbana con sus altas casas colgadas de los peñascos y sus estrechas y tortuosas calles, originando un bello y espectacular paisaje, verdadero capricho de la madre naturaleza, adornado por fantasmagóricas y caprichosas piedras y simulando legendarios monstruos de otros mundos o galaxias.

La estructura del terreno rocoso y desigual obligó a la construcción atrevida e irregular de los edificios que tiene Cuenca en las Hoces, aunque de manera especial en la del Huécar. Apoyaban las casas y esto ofrecía un conjunto muy original, pintoresco e insólito desde los primeros "rascacielos" del Barrio de San Martín, pues hay casas con salientes irregulares que dan una idea de la originalidad de la construcción de aquella época ancestral de los primitivos conqueses tobelicos y musulmanes.

Desde el citado barrio hasta la "Peña Corba" ubicada sobre el Puente de San Martín, en el río Huécar, existieron infinidad de "casas voladas" (así llamadas en principio) que coronaban todas las riscas o prominencias rocosas con originales y bellos balcones de madera, los cuales estaban "volados" en el vacío. Era una simbiosis de roca y morada, en donde se apreciaba una verdadera muralla de edificios, más propios de historia de ficción, simulando sus construcciones "altas cañas" con ventanas en donde se premiaba la verticalidad y el desafío a las leyes de la gravedad.

El hacinamiento de casas en la parte alta de Cuenca asentadas sobre aquellas prominencias rocosas que se levantaban hacia el infinito como altos "rascacielos" y fachadas con sorprendentes miradores, eran consecuencia de la necesidad de buscar un espacio donde morar, ya que el poco terreno de que la

ciudad disponía no era suficiente para construir edificios de una sola planta. Por el mismo motivo casi todos los edificios que daban a la hoz del Huécar ofrecían sus balcones salientes con el fin de ganar espacios "volados" y de ahí las "Casas Voladas", denominadas en principio.

Hasta nuestros días han sobrevivido las famosas y legendarias "Casas del Rey", a las cuales nosotros llamamos en la actualidad CASAS COLGADAS. Sólo hay tres reconstruidas en diversas etapas del siglo actual, en donde se albergan el Museo de Arte Abstracto y un típico y famoso Mesón. El resto de aquel buen número de "casas voladas" fueron pasto del tiempo y de la penuria de los hombres por permitir su derrumbamiento.

La historia nos confirma que las actuales Casas Colgadas fueron desde sus inicios la residencia de verano del Arráez encargado de regir y gobernar la ciudad de Cuenca en la época del dominio musulmán. Este venía a ser un caudillo o jefe árabe que regía la ciudad, habiendo elegido aquel lugar por tratarse del más pintoresco y el más protegido de todos.

Una vez tomada la ciudad de Cuenca por el rey Alfonso VIII, éste fijó su residencia poco después en esta ciudad manteniéndose en ella la Corte de Castilla a lo largo de diez años. Igualmente tomó las Casas Colgadas como palacio de verano, pues en aquella época las temperaturas en el estío solían ser muy altas y, además habían sido elegidas por Leonor de Lancaster, esposa del rey, ya que le agradaba contemplar desde sus balcones aquella panorámica inigualable.

Cuando hacían acto de presencia los rigores del frío, la Corte se trasladaba al Castillo, inexpugnable reducto fortificado, verdadera sede y palacio de Alfonso VIII. Durante los diez años que su Corte itinerante permaneció en la ciudad, estos dos lugares fueron los preferidos para su residencia habitual.

\* Como rey, tenía que pasarse mucho tiempo fuera de Cuenca, pero cuando permanecía en la ciudad se preocupaba de organizar justas o torneos, que eran unos juegos a caballo en los que sus caballeros acreditaban su destreza en el manejo de las armas. Normalmente se celebraban con motivo de fiestas cortesanas, así daban realce a su celebración y al mismo tiempo servía de entrenamiento a los que participaban en los ejercicios guerreros, ejercitándose así en el duro arte de la guerra.

El lugar escogido para celebrar estas justas fue el espacio que había ocupado el campamento cristiano cuando pusieron sitio a la ciudad, ubicado en el llamado Campo de San Francisco, en donde hoy se hallan emplazadas la Diputación Provincial y la Parroquia de San Esteban y San Francisco.

Allí los caballeros solían combatir a caballo en un terreno cercado de madera, separados por una valla, con objeto de evitar los choques de sus monturas.. En estos juegos utilizaban armas y armaduras distintas de las llevadas en las guerras, pues, por ejemplo, las lanzas no llevaban el hierro normal sino el "roquete" que no hería al adversario, sólo lo derribaba. Igualmente llevaban armaduras reforzadas con piezas dobles, por lo que no era fácil ser herido, pues lo único que se perseguía era derribar al contrario para demostrar la destreza en el manejo de las armas.

Una especie de tribuna o plataforma elevada estaba situada en un lateral donde los reyes presenciaban los combates, en los cuales nunca participó Alfonso VIII, aunque se asegura que sí lo hacía días antes cuando entrenaban los caballeros participantes. En ellos demostraba siempre su alta preparación y arrojo y todos temían enfrentarse a él, pues afirmaban que se trataba de un verdadero caballero experto en el manejo de la espada y la lanza.

Otro espectáculo que implantó el rey fue "correr los toros", algo que por primera vez se hizo conmemorando la conquista de la ciudad y que se celebró en la Plaza Mayor, pues quiso Alfonso VIII que sus soldados se solazaran y se entretuviesen con los juegos de unos toros o vacas, unas veces sueltos y otras amarrados a una maroma que, de manera experta, movían los "maromeros" encargados de correr las reses.

Después se vieron en la necesidad de cambiar el lugar de aquella popular fiesta al iniciarse las obras de construcción de la Catedral, y dejar ocupada la primitiva. Para ello, eligieron correr los toros a ambos lados del río Huécar, por sus riberas o bien a caballo o por los corredores a pie. En aquel lugar estos festejos solían ser más divertidos, puesto que muchos de los que corrían las vacas o toros terminaban cayendo al cauce del río para evitar ser cogidos por alguno de los animales, los cuales en muchísimas otras ocasiones iban igualmente al agua siguiendo a los corredores que los acosaban.

Estas fiestas que, año tras año, se hacían más populares, llevaban mucha gente a tan singular "coso taurino". Este se extendía desde el comienzo de la

hoz hasta el espacio comprendido entre el Cerro Socorro y los barrios de San Martín y Santa Catalina. El gran número de espectadores atraídos por estos festejos, normalmente se instalaban en las subidas a los citados barrios y de manera especial en las laderas del Cerro Socorro. Se cuenta que siempre había algún herido, bien por haber sido cogido por alguna de aquellas vacas de cuernos abultados o por caídas en las continuas carreras que hacían.

El deporte más practicado por el rey era la caza, de manera preferente la caza mayor, para lo cual se organizaban batidas de montería sirviéndose de caballos y enormes jaurías de perros para acosar a las piezas. Previamente preparaban redes y trampas, después se perseguía a los animales instigándoles a que siguiesen un determinado recorrido por donde estaban instaladas éstas. Por toda esta zona abundaban el jabalí y el zorro, así como el lobo y el ciervo; para hallar estos dos últimos había que adentrarse mucho más en la serranía, en sus zonas boscosas.

También practicaban el difícil arte de la cetrería, utilizando el halcón peregrino, ave rapaz muy útil en la caza cuando se hallaba bien domesticado. La fortaleza de sus garras y el vuelo rápido que practicaba hacia de esta rapaz un enemigo temible en la caza de la volatería, ya que era tierra de palomas y perdices, así como de palomas torcaces. No obstante se solían cazar con este mismo animal algunas otras liebres y conejos camperos.

Al estar instalada la Corte en Cuenca fue posible que aumentase su población con cierta rapidez, pues el Fuero de Cuenca, denominado por expertos como "pieza de gran importancia en la Historia del Derecho Español", concedió una serie de exenciones y privilegios a los que viviesen en la ciudad, logrando que Cuenca fuese la "tierra prometida" para muchas familias que habían perdido sus hogares en aquella interminable lucha con los árabes, que todo lo habían arrasado.

Como hemos visto, las "Casas Colgadas", tuvieron una relación directa con la Corte Real, pues su peculiar estilo incitaba al ingenio y retaba a la verticalidad. Este conjunto de construcciones dieron como resultado una ciudad de embrujo donde la roca se define como lugar único por su solidez, siendo bautizada como "prodigio arquitectónico" donde todo es fantasía, creatividad, encanto, brujería y un buen ejemplo de sana imaginación.

En este tipo de construcciones, las casas parecen besarse por los tejados y asomarse por sus balcones volados como si estuviesen jugando continuamente al escondite con las leyes de la gravedad. En Cuenca, estas leyes no existen, aquí las casas se han hecho con "leyes de la necesidad", olvidándose de la plomada y de la geometría, buscando lo utilitario y su validez para morar. Sólo hizo falta un poco de fantasía, sólo fantasía.

## LA HEBREA Y EL CRISTIANO

Una vez tomada Cuenca por el rey Alfonso VIII, se establecieron en el Barrio del Alcázar un buen número de judíos, siendo regulada su estancia por el Fuero de Cuenca, pues aquel rey legisló sobre los usos y costumbres de sus habitantes y en pro de la salvaguarda de la paz y del derecho de sus moradores. Este barrio estaba ubicado a partir del final de la explanada del Alcázar, pues desde ahí se podían apreciar sus calles zigzagueantes en sentido descendente. A este singular lugar se le conocía con el nombre de "Barrio judío" o también "Barrio de la judería", gozando de gran libertad para ejercer el comercio las familias que en él se hallaban instaladas.

Aunque este barrio no estaba aislado de la ciudad, sí se encontraba separado del resto de la población por un grueso muro de piedra. Existían en él puertas que obstaculizaban el acceso al barrio y que eran cerradas por la noche, en Semana Santa, épocas de carestía, etc, con objeto de prevenir los ataques de los cristianos o posibles reyertas que solían ocurrir algunas veces. Igualmente se quería evitar que ambas comunidades, la cristiana y la judía pudieran mezclarse.

En el interior, los judíos tenían sus viviendas con numerosas tiendas con las que procuraban ganarse el sustento. Fuera de este recinto estaba la sinagoga, en la misma explanada del Alcázar, y los baños, situados muy próximos a la iglesia de San Miguel, pues antes de llegar a la misma había, a su izquierda, unas escaleras que conducían a ellos. En la sinagoga tenían por costumbre reunirse los sábados y fiestas, o también en días de ayuno. Se reunían para orar y para la lectura de la Ley, pues allí no se celebraba culto sacrificial, por lo que era más centro de enseñanza que de oración.

A los baños acudían los viernes solamente, y aunque para ellos eran una práctica de la higiene, generalmente el baño lo consideraban como signo de purificación. Disponían de tres salas, una para desnudarse, otra para la piscina caliente y la tercera para el último lavado. Las mujeres y los hombres pagaban una "meaja", moneda equivalente a la mitad de un "diner" (moneda de plata

y cobre usada en Castilla en el siglo XIV); en cambio los criados y los niños no pagaban nada, ya que así estaba estipulado en el Fuero de Cuenca.

De entre todas las mujeres judías que vivían en aquel barrio, destacaba por su especial belleza la hija de un importante comerciante judío. Aunque varios jóvenes cristianos la “rondaban”, se las veían y se las deseaban para hablar con ella, ya que sus dos hermanos no la dejaban sola ni un momento cuando salía de aquel recinto. Todos estos “pretendientes” eran de familias acomodadas, pero el padre de la joven nunca entregaría su hija a un hombre que no fuese de su raza, de su religión, actitud aquella muy generalizada entre los judíos.

Un buen día ocurrió que este comerciante judío necesitó que le reparasen un mostrador de madera que tenía en su comercio, para lo cual tuvo que recurrir a un ebanista cristiano, que le mandó a su hijo para que llevase a cabo el referido trabajo. Este joven, de un aspecto fuerte, bien parecido y de trato amable, impresionó a la hermosa hebrea, que quedó prendada de él. A lo largo del primer día consiguió hablar con el joven en varias ocasiones y pudo observar que éste no le quitaba sus ojos de encima, sonriéndole de cuando en cuando. Aquello parece que hizo efecto en el cuerpo de la bella judía, que sentía un cosquilleo a lo largo de su espalda cuando el joven posaba sus ojos en ella.

Cuando al día siguiente volvió el joven a su trabajo, la joven ya se encontraba preparando cosas en el comercio, pues los judíos eran muy madrugadores. No obstante, no pasó desapercibido para él que aquella preciosa criatura luciese un nuevo vestido que realzaba aún más su hermosura, a parte de dirigirle de manera constante cálidas miradas. Pudieron hablar poco, pues uno de sus hermanos no se apartaba de su lado ni un solo momento. Sin embargo, a pesar de aquella estrecha vigilancia, ambos jóvenes se entendían con sus intensas y repetidas miradas y con algún que otro “guiño”.

Al final de la tarde, por alguna circunstancia importante, el padre y sus dos hermanos debieron salir a solventar cuestiones comerciales a la ciudad, por lo que la joven se quedó acompañada de su madre, ya que el trabajo del cristiano estaba a punto de finalizar. La madre iba y venía de un lado para otro de la casa y esos momentos fueron bien aprovechados para que se entablase entre ellos una animada conversación y a la vez poder observarse más de cerca.

Cuando llegaron su padre y hermanos, ambos jóvenes ya habían quedado en verse el viernes siguiente, día que ella bajaba a los baños por ser el único asignado a los judíos. Bien a la ida o a la vuelta, podrían verse; ya que tenía costumbre de acudir a aquel lugar junto a otras jóvenes judías.

Tanto al uno como al otro se les hizo el viernes un día lejano, pues ansiaban que llegase aquella importante cita cuanto antes, ya que en sus corazones había nacido algo puro y noble que no les dejaba ni dormir. Se sentían atraídos de tal manera que necesitaban verse y mirarse a los ojos, pues el amor, cuando llega es así de exigente. Al fin llegó el viernes y el joven cristiano esperaba a la bella hebrea en la bajada a San Miguel que hay en la antepuerta de los Arcos. La joven llegó acompañada de un grupo de chicas jóvenes de su raza y al ver a su amado se separó de ellas dejándose acompañar hasta la misma puerta de los baños.

El cristiano, que estuvo por aquel lugar hasta que salió su amada joven, la acompañó, detrás del grupo de jóvenes hebreas, en el camino de regreso hasta que vieron aparecer a los dos hermanos de la joven. Se despidieron precipitadamente quedando en que él saltaría aquella noche el muro del barrio judío y se verían en la calle que había en la parte de atrás de su casa. Pero, aunque procuró separarse de ella con la mayor rapidez buscando la salida contraria para no tropezarse con sus hermanos, éstos se dieron cuenta perfectamente de que el joven acompañaba y venía hablando con su hermana.

Al ser preguntada por uno de ellos sobre tal circunstancia, respondió que se habían encontrado por casualidad y que él se había acercado a saludarla, pues se trataba del joven que estuvo trabajando dos días antes en su casa. Sus hermanos no se quedaron convencidos de la respuesta y le sugirieron que no volviese a ocurrir, pues a su padre no le agradaría si se enterase.

Como había prometido, esa misma noche el joven cristiano saltó el muro por un lugar de fácil acceso y casi desprovisto de luz que existía en un oculto recoveco de una calle del barrio. Como el lugar donde habían quedado en verse no estaba muy lejos, se acercó sigilosamente y esperó a su joven amada casi oculto en un amplio vano de la puerta de entrada de una casa deshabitada. La joven hebrea no se hizo esperar y en aquel mismo lugar permanecieron un buen rato los dos jóvenes.

\* Esta acción se fue repitiendo hasta que una noche sus hermanos la sorprendieron cuando entraba en su casa con todo tipo de precauciones. Le reprocharon su comportamiento y le prohibieron volver a ver a aquel joven que, tanto su padre como ellos rechazaban porque sólo podría traer complicaciones para todos al ser cristiano y de familia adinerada.

Los hermanos de la joven desconfiaban del sometimiento de su hermana y del cristiano y decidieron vigilarles. Como vieron que el cristiano continuaba merodeando el barrio, le esperaron una noche y con otros dos judíos le propinaron una fuerte paliza dejándole el cuerpo molido a golpes y echándole después

por encima del muro. Como pudo, el joven, con grandes dificultades de andar, logró regresar a su casa y refugiarse en su habitación, pero cuando, al día siguiente, su familia le vio se alarmaron al comprobar señales en sus brazos y en la cara. Para evitar represalias no descubrió la verdad y decidió esperar a que aquello pasase. Al cabo de una semana se recuperó de la pequeña desventura convenciendo a sus padres y hermanos de que lo ocurrido había sido consecuencia de una riña entre jóvenes.

Como desde lo ocurrido la joven hebrea no volvió a ir a los baños, y no podía hablar con ella, el joven entregó una nota a una amiga de su amada, comunicándole que aquella misma noche volvería a saltar el muro y la esperaba en el lugar donde se vieran otras veces. Así lo hizo, pero cuando se acercaba al sitio en el que había de encontrarse con ella, se vio rodeado de un grupo de jóvenes judíos que le golpearon con tal contundencia que le hicieron perder el sentido.

Alguien encontró al joven en aquel lugar y avisó para que fuese atendido de su mal estado y llevado a su casa. Despertó con fuertes dolores de cabeza, pues tenía dos heridas que le habían hecho perder sangre y sentía su cuerpo dolorido y amoratado.

El médico que le atendió dijo que había recibido una tremenda paliza que le podía haber costado la vida. Como respuesta, el joven dijo que no sabía quien pudo pegarle de aquella manera, ya que recibió un golpe en la cabeza y no se acordaba de nada más.

Aquella escasa explicación no convenció ni a su padre ni a sus hermanos pero no pudieron sacarle la verdad de lo ocurrido, ni quiénes habían sido los causantes de semejante villanía. Poco a poco fue curando de sus heridas y cuando ya se encontraba restablecido contó la verdad a su padre, echándose él la culpa de haber saltado el muro por la noche para ver a su amada. El padre le prometió que no diría nada ni a su madre ni a sus hermanos, que sería un secreto entre los dos, evitando así malos entendidos y comentarios desagradables.

Pasó algún tiempo y una tarde que se celebraba una "corrida" de toros en conmemoración de la toma de Cuenca por el rey Alfonso VIII, vio a su amada y bella hebrea. Como aquella peculiar corrida consistía en hacer correr los toros por la ribera del Huécar, este encuentro pasó desapercibido para todos, motivo por el que pudieron hablar a lo largo de toda la tarde, pues su amor continuaba intacto. Quedaron a la semana siguiente para verse, aprovechando que el padre de ella y sus hermanos estarían fuera de Cuenca, sólo su madre quedaría en casa y ella le dejaría salir a verle, pues siempre estuvo de su lado.

A la hora prevista, el joven salió de su casa sigilosamente para ir a ver a su amada, saltó el muro y esperó en el lugar de la cita. Poco después apareció la hermosa joven, que se lanzó a los brazos de su amado cristiano y le animó a ir a su casa pues, al faltar su padre y hermanos, estarían más seguros.

Pasaron, pues a casa de la hebrea sin que la madre advirtiese nada y se encerraron en la habitación de la joven donde pasaron la noche juntos y se despidieron antes del amanecer.

Esto animó a los dos jóvenes a seguir viéndose en muchas más ocasiones; pero vino a suceder que una noche, cuando el cristiano había dejado a su amada, se vio rodeado de sus hermanos y tres judíos más que le volvieron a propinar tal paliza que lo dejaron malherido muy cerca de la Plaza Mayor. La noticia corrió por la ciudad como un reguero de pólvora.

Aquello encrespó los ánimos de los hermanos del joven y de un buen número de gente, dando motivo a que unos días después pasasen en busca de los hermanos de la bella hebrea. Fueron localizados muy cerca de su casa y les dieron una tremenda paliza, dejando varios heridos y malparados a cuantos judíos pretendieron ayudarles.

Como consecuencia de estos hechos sangrientos y con objeto de evitar acciones semejantes, fueron trasladados los judíos a "extramuros", al otro lado de la Puerta de Valencia, en el actual Barrio de Tiradores, pues la sinagoga se situó en el lugar que ahora ocupa la Parroquia del Cristo del Amparo.

Vista la situación, la bella hebrea y el apuesto cristiano huyeron al día siguiente del sangriento hecho; sus respectivas familias y ya nunca más se supo de ellos, ambos dejaron a sus respectivas familias desapareciendo y ya nunca más se supo de ellos.

## COLONIZADOR CONQUENSE

Corría el fatídico, cruel y desolador año de 1410 cuando fue embestida casi toda la zona de La Mancha por una terrible epidemia de fiebres tercianas (especie de fiebre intermitente en que el acceso febril aparece cada tres días). Esto provocó que muchos pueblos de aquella región desapareciesen, algunos de los cuales volvieron a aparecer con otros nombres o fusionados, tales como: El Cuervo y La Mota, o Quitrana y El Campo (Hoy Mota del Cuervo y Campo de Criptana). En cambio hubo otros que desaparecieron para siempre, como por ejemplo: Posadas Viejas, La Higuera, Villarejo Rubio o Manjavacas. Sólo uno resurgió de sus propias cenizas tras estar abandonado 114 años, este gran pueblo que limita con Mota del Cuervo se llamó y se llama aún Pedro Muñoz, en la provincia de Ciudad Real.

Dado que la despoblación fue tan prolongada dio lugar a que la mayoría de las tierras de cultivo, montes y dehesas pasasen a manos de los labradores de los pueblos de su alrededor que, año tras año, al ver el abandono a que estaban sometidas comenzaron a roturarlas hasta tal punto que la ermita y casas abandonadas de este pueblo las utilizaban como suyas, pues era normal que entonces los labradores se pasasen largas temporadas en el campo.

Un hecho trascendental estaba ocurriendo, mientras tanto, en un pueblo de la provincia de Cuenca. Se trataba de Cervera del Llano, villa perteneciente al Marquesado de Villena. Había sucedido un enfrentamiento entre un vecino, llamado Juan Mayordomo y el "Señor" que el Marqués tenía en esta villa para control y dirección de la misma. Juan se había ido a vivir con unos familiares, pues era natural de Valera de Abajo y al casarse se marchó en busca de nuevos horizontes.

Parece que Juan tenía un gran sentido de la justicia y surgieron diferencias por unos tributos que querían imponer en el pueblo y él como los consideraba elevados e injustos protestó de manera que lo oyesen. No parece que su protesta fuese del agrado del "Señor" y dicho enfrentamiento trajo como resultado el acatamiento o la expulsión de Juan del Marquesado. Como éste era un hombre de ideas claras y concretas así como de un fuerte carácter, eligió marcharse del pueblo antes que someterse a una disciplina que él veía descabellada y sobre todo injusta.

Quiso el destino que por aquellos días se recibiera la visita de un familiar que vivía en Las Chozas (Villamayor de Santiago), villa que pertenecía a la Orden de Santiago (Priorato de Uclés). Se comentó con ellos lo sucedido y, como Juan disponía de un plazo para abandonar aquel pueblo, decidieron trasladarse rápidamente al pueblo apodado Las Chozas, y allí, tranquilamente, hablaron sobre el futuro familiar y personal, ya que llevaban tres hijos, uno de los cuales de corta edad. Y así fue como, provistos de un carro y una borriquilla, abandonaron aquel pueblo de ingratos recuerdos para él y su familia.

La primera noche que pasaron en el pueblo de sus familiares, ya fuera del Marquesado, hablaron sobre la idea de comprar allí unos terrenos para hacer casa y unas tierras para cultivar. Durante la conversación, sus familiares les dijeron que no iba a ser fácil encontrar lo que buscaban allí, ya que había pocas tierras buenas en venta, aparte de estar muy caro el terreno. No obstante intentarían hablar con gente que tenía muchas tierras por si les interesara vender alguna.

Dedicaron a esa labor varios días y nada positivo habían conseguido pues lo que les ofrecieron eran terrenos arenosos y de mala calidad, así que decidieron visitar algún pueblo cercano a ver si tenían más suerte.

Al día siguiente llegaron hasta La Mota y allí se encontraron con la misma problemática que en Las Chozas, el terreno era muy caro y las ganas de vender eran totalmente nulas. Decidieron entonces regresar con sus familiares y ver qué iban a hacer definitivamente, ya que habían quedado con unos primos en cenar en su casa y pasar con ellos la velada.

Parece que sentados en una buena mesa y con unos vasillos de vino de la tierra todo parece más fácil. Se sacaron a relucir cosas pasadas de sus antepasados y mira por donde le dijeron a Juan que sus padres estuvieron viviendo muchos años en un pueblo de Ciudad Real llamado Pedro Muñoz y que sí que tenían buenas tierras pero que tuvieron que abandonarlas porque se moría la gente al tener cerca unas lagunas que producían emanaciones mortales y ser muy castigados por epidemias y plagas. Les dijeron que sus padres tuvieron que venirse al pueblo si no querían terminar como terminaron casi todos los vecinos y que se vieron obligados a dejar sus buenas tierras.

Una vez terminada la velada, todos se retiraron a descansar, pero Juan no dejaba de pensar en aquellas buenas tierras que debieron dejar sus familiares en aquel pueblo manchego. En esos momentos por la cabeza de Juan, hombre decidido, de mentalidad ágil, pasó una idea luminosa que iba madurando cada segundo que pasaba y que fue tomando cuerpo hasta tal punto que apenas si durmió esa noche.

Muy de mañana pidió a aquel familiar le volviese hablar de lo que había oído decir a su padre, de aquel pueblo de nombre de "hombre" que era Pedro Muñoz. Le explicó lo que a Juan le interesaba oír, y lo que mejor se le quedó fue aquello de que allí se disponía de gran cantidad de terrenos muy buenos pero que el gran inconveniente era que en ese lugar la gente se moría a consecuencia de las enfermedades ocasionadas por unas lagunas que tan pronto se desecaban como se inundaban y emanaban gases, así como que se padecían plagas y epidemias. Pero él pensaba que la peor plaga para unos seres es no tener donde caerse muerto y pasar hambre, eso sí eran plagas.

Para un hombre de recio carácter, mentalidad progresista, aventurero, con madera de líder y con una gran visión de futuro como Juan Mayordomo, aquello, en lugar de asustarle, le animaba e ilusionaba de tal forma que animó a su mujer decidiendo ir a la busca de aquel pueblo que un día tuvieron que abandonar unos lejanos parientes suyos. Y sin pensárselo más hicieron todos los preparativos necesarios para emprender una aventura que jamás hubiesen pensado emprender.

Una vez colocado en el carro los útiles y demás cosas necesarias para iniciar un viaje de esas características, echaron a andar hacia lo desconocido, esperando tener suerte en la decisión tomada.

Dos días de lento caminar les llevó al lugar que buscaban. Ya a su paso por La Mota les desanimaron al preguntar por estas tierras abandonadas en donde era peligroso habitar. A su llegada vieron la ermita y las edificaciones junto a ella, por lo que se detuvieron para hablar con unos gañanes que roturaban tierras cercanas. Juan, de manera inteligente, hizo muchas preguntas a éstos, los cuales le informaron del nombre del lugar, de la riqueza de sus tierras y de un sinfín de fantasías que hacían y habían hecho de aquel lugar un espacio no recomendable para vivir.

Juan y su familia continuaron su camino y, a la izquierda, a un kilómetro más o menos, divisaron unas construcciones totalmente abandonadas sobre un promontorio. Hacia allí se dirigieron y en una de las edificaciones mejor conservadas decidieron instalarse como refugio y vivienda hasta que hiciesen una nueva o la renovaran si pensaban quedarse.

Pasaron la noche tranquilamente y a la mañana siguiente, Juan, con sus dos hijos mayores, de 9 y 10 años, una vez que habían comido algo, decidieron dar una vuelta y reconocer palmo a palmo el lugar elegido. A su vuelta quedaron muy complacidos, había caza abundante y variada, varios pozos de agua buena, enormes encinas con exquisitas bellotas, leña abundante y en la laguna enormes patos de vistosos colores y estupenda carne (por allí les llamaban Ansarones). Junto a esto observaron que las tierras eran fértiles, factor importante y decisivo para pensar en instalarse en aquel hermoso lugar definitivamente. Era peligroso, según decían, pero sería bonito intentarlo.

Después de una larga reunión familiar, por unanimidad, acordaron tomar posesión de aquellos terrenos en los cuales habían decidido vivir el resto de sus vidas. Comprobaron que existían muchos terrenos abandonados, demasiado para ellos y pensaron ir a decirlo a sus familiares, pues allí se necesitaban pobladores. Así que una vez elegidos y señalados los terrenos que quisieran ellos, Juan haría un viaje relámpago para dar la voz de que aquel lugar disponía de terrenos que esperaban pobladores con objeto de recuperar aquel pueblo que estuvo en el capítulo del olvido durante 114 años.

Juan Mayordomo, un conqueño ejemplar, colonizó aquel lugar paradisíaco con un tesón y un amor digno de reflejar aquí. Fue su primer Alcalde en el año 1525, allí murió y allí reposan sus restos por toda la eternidad.

## ZORROS SOBRE EL PUENTE DE SAN PABLO

Grandes nevadas se produjeron en Cuenca hacia el final del otoño y todo el invierno del año 1851 hasta tal punto que muchos pueblos de la sierra permanecieron incomunicados durante semanas, incluso la ciudad vivió bastantes días completamente bloqueada.

A lo largo del mes de noviembre habían caído varias nevadas de cierta consideración, llegando a alcanzar la nieve una altura de unos cincuenta centímetros, pues la primera nevada se había helado favoreciendo la acumulación de las posteriores. Este acontecimiento, normal en aquella época del año trajo consigo problemas de abastecimiento a los habitantes de la ciudad y, no digamos de los pueblos. La altura alcanzada por la nieve puso en serios apuros a los que debían proveer de alimentos a las tiendas, pues a los vehículos tirados por distintas bestias de carga les era imposible circular.

Una mañana del mes de diciembre corrió la voz por la ciudad de que en la tarde-noche anterior se habían visto unos zorros por el Puente de San Pablo. Al parecer, habrían atravesado dicho puente y habrían pasado por aquella parte de la ciudad de no ser por la presencia de un nutrido grupo de hombres que se formó junto a las Casas Colgadas avisados de aquel raro hecho. Se pensó que quizá era debido a que estos mamíferos carnívoros sentían hambre, pues la nieve abundante impedía que cualquier tipo de animal que les servía de alimento abandonase sus guaridas, así como la escasez de frutos silvestres por encontrarse en una estación de bajísimas temperaturas.

No obstante, aquella misma noche asaltaron el corral de una de las casas del Barrio de San Martín, matando y devorando unas veinte gallinas y varios conejos. Los dueños, aunque oyeron el típico cacareo de las aves y los chillidos de los roedores, no pudieron hacer nada por evitarlo, pues estos hambrientos cánidos les habrían atacado si no hubiesen logrado cerrar la puerta a tiempo. Finalizada su "frugal" cena desaparecieron sin que nadie lograra cerrarles el

paso, permaneciendo casi toda la noche sobre el puente, desde donde emitían sus salvajes ladridos que hacían erizar el cabello a los habitantes de aquella zona.

Unas noches más tarde llegaron a presentarse en la misma Plaza Mayor, ya que había vuelto a nevar y el hambre les obligaba a cometer cualquier osadía. Un numeroso grupo de vecinos se lanzaron a la captura de esos fieros animales haciéndoles huir por la calle de San Pedro en veloz carrera. A nadie se le ocurrió cortarles el paso, puesto que hubiesen puesto en claro peligro su integridad física, por lo que lograron escapar por el barrio del Castillo. Cuál no sería la desesperación y el hambre que sentían aquellos "carniceros" que de madrugada, saltaron una baja pared de uno de los corrales de aquel barrio devorando un buen número de aves de. También escarbaron varios basureros que había a la salida buscando cualquier resto de comida que hubiese en ellos.

A partir de ese momento, los vecinos decidieron formar grupos armados con objeto de defender las zonas del Puente de San Pablo y el barrio del Castillo, lugares en los que habían aparecido los depredadores, sobre todo en el Puente, donde todas las noches aparecía una nutrida manada que lanzaba impresionantes ladridos contestados desde diferentes puntos como si entre ellos se comunicasen novedades de lo que ocurría.

Contaban que un vecino del Barrio de San Martín, avezado cazador acostumbrado a la difícil tarea de preparar trampas y todo tipo de lazos para cazar animales, decidió poner en práctica aquel arte que le había dado fama. Para ello colocó sus sofisticados lazos a la entrada del puente y a lo largo del mismo, ya que era el lugar por donde todas las noches se paseaban estos animales. El material empleado era una cuerda de esparto retorcido con una lazada corrediza que al menor movimiento atenazaba las patas de cualquier animal que se posase sobre el mismo. Dentro de los lazos ponía algo de comida como cebo, obligándoles a acercarse a la trampa preparada.

A lo largo del día, el cazador tenía por costumbre recorrer toda la hoz del Huécar en busca de madrigueras, pues a la salida de éstas sus lazos y trampas tenían gran efectividad. Las referidas guaridas las habían escarbado ellos mismos, muchas veces en galerías de otros animales, los cuales se obligaban a hacerlas más largas y profundas, para proteger mejor a sus crías. Los lugares elegidos eran los campos de cereal, los roquedos y el bajo de los troncos de

los árboles. No era difícil encontrarlos ya que con sus excrementos tenían por costumbre hacer depósitos muy visibles para marcar su territorio.

Este detalle sólo puede percibirlo una persona con experiencia en este tipo de búsqueda, pues para cualquier otra persona todo esto pasaría desapercibido.

En la semana próxima a Navidad, y con abundante nieve en los campos, una tarde fueron a llenar unas vasijas de agua a la fuente que había bajo el Puente de San Pablo una señora y dos de sus hijas. Como era ya casi de noche y el día había sido de mucha niebla, la visibilidad era más bien escasa. Las dos jóvenes llevaban, además de una vasija, una vara hecha de una rama de olivo, pues todos sabían de la presencia de aquellos zorros hambrientos. Una vez en la fuente llenaron un cántaro y dos botijos de aquella pura agua de montaña que venían utilizando desde siempre, pues vivían en la parte baja del Barrio de San Martín.

Cuando llevaban recorridos unos metros de la vuelta, algo repentino cayó sobre ellas como si de un fantasma se tratase. Vieron en un instante que su madre estaba tendida en el suelo junto al cántaro y sobre ella un enorme "perro de cola muy peluda". La madre no dejaba de gritar y pedir socorro, había recibido un mordisco en un brazo y sus hijas, pasada la repentina sorpresa, la emprendieron con aquel feroz carnicero que ante tal situación de fuerza salió corriendo velozmente por la pendiente que conducía al Puente de San Pablo. En ese momento acudieron varios hombres provistos de buenos garrotes que habían oído los desgarradores gritos de la mujer que se encontraba ensangrentada en el suelo y llegaban en su ayuda. Las hijas la atendieron de dos heridas de las que sangraba abundantemente, una en el brazo izquierdo y otra en la espalda. Entre varios hombres la trasladaron inmediatamente a su casa que no se encontraba lejos llamando a un médico para que curara aquellas heridas que no dejaban de sangrar y le proporcionaran un calmante, pues no cesaba de gritar y sollozar. Este hecho colmó la paciencia de las autoridades, así que formaron partidas de voluntarios para proteger a los habitantes de aquella zona preferida por aquel tipo de alimañas a las que el hambre había enloquecido llevándolas a atacar rabiosamente incluso a los hombres de los que normalmente huían.

Noches más tarde, cayó un zorro en uno de los lazos colocados en la entrada del Puente de San Pablo y su preciosa piel significó, además de un merecido

trofeo para el cazador, un respiro para la gente temerosa de aquella invasión de animales tan dañinos y peligrosos. Esa misma madrugada, una manada de zorros terminó con todas las gallinas y conejos de uno de los hociños cercanos; el corral tenía las paredes protegidas por vidrios puntiagudos que aparecieron manchados de sangre.

La misma tarde de nochebuena volvió a caer una gran nevada que dejó una espesa capa de nieve sobre la ciudad y los campos que la rodeaban. Quizá por el olor procedente de infinitas chimeneas que lanzaban al espacio, junto al humo de sus fuegos, el aroma de aquellas cenas caseras que poblarían las mesas de todos los hogares de Cuenca, aquellos animales enardecidos por el hambre que venían padeciendo largo tiempo, iniciaron su andadura hacia la ciudad. Según los que llegaron a presenciar aquel espectáculo, era imposible pensar que llegasen a reunir de tal número de zorros y zorras sobre el puente.

Cual no sería el miedo que causó a los que fueron a dar la noticia que llegaron a decir que habían divisado a lo largo del Puente de San Pablo algo más de un centenar de aquellos "cánidos carnívoros" que no dejaron de lanzar estridentes ladridos poniendo la carne de gallina a todos los que oyeron semejante música macabra y lastimera. En principio se pensó enviar a un grupo de hombres con antorchas encendidas hacia aquel lugar con objeto de intimidar a tales carroñeros y hacerles huir al campo. Después, pensaron echarles desechos de comida y sacos de estiércol de sus mismas casas para que, al menos, esa noche tan señalada les dejasen en paz.

Lograron hacerles retroceder y abandonar el puente mientras se encendían grandes y numerosas hogueras a la entrada y salida del mismo para que no regresaran de nuevo a concentrarse en esa zona elegida por los animales, ya que en un momento estaban en el campo y fuera del alcance del hombre al que ellos temían por mucho hambre que tuviesen. Tal acción dio resultado y, al menos durante unos días no, volvieron a aparecer por aquel lugar.

Como el tiempo continuaba frío y la nieve persistía y seguía cayendo de cuando en cuando, decidieron montar guardia utilizando armas de fuego terminar con aquello que ya se había convertido en una pesadilla. Así lo hicieron y sólo en una noche mataron unos veinte de estos animales, dejándoles en la Plaza Mayor para que la gente de la ciudad los viese.

Contaban que una tarde dos zorros se lanzaron, al verse acosados, desde el Puente de San Pablo y fueron a caer sobre los árboles que había debajo, los cuales les salvaron la vida, porque les vieron correr después por debajo del puente.

Aquel año, abundante en nevadas, dejó una huella inolvidable en los que vivieron aquellos momentos de tensión y de miedo, pensando que, quizá nunca dejarían de ver zorros sobre el puente.



## EL OTRO CRIMEN DE CUENCA

Siempre que he oído hablar sobre el Crimen de Cuenca ha sido, generalmente ese comentario de mal gusto en el que dicen en tono de sorna: "Es de la provincia del crimen". Debo confesar que me causa una gran tristeza y siento una especie de náuseas. Hay quien lo dice sin saber lo que pregunta y hay quien pregunta sabiendo lo que dice. La primera cuestión se puede dejar pasar, pero quien lo dice en tono despectivo como si fuésemos una provincia carente de valores o de moral se está equivocando y vamos a ver el por qué.

Lo primero que hay que decir es que si algún crimen se ha cometido por estos lugares es aquél que comete cada uno de los que aún no conocen Cuenca, eso sí que es un crimen perfecto, un horroroso crimen, señores; pues nuestra ciudad y toda su provincia rezuma una ancestral historia, un embrujo cautivador y un ilustre señorío.

Sus raíces históricas proceden de la Prehistoria, ya que esta región estaba ocupada por la tribu celtibérica de los Olcades. Ya en el 784, la ciudad contaba con una alcazaba árabe que hacía de ella una pequeña plaza fuerte. Fue reconquistada por el Rey de Castilla Alfonso VIII, en 1177, convirtiéndola en sede episcopal y concediendo a sus habitantes numerosos privilegios.

Las efemérides históricas de Cuenca se inician en el siglo IV antes de Cristo, cuando los Carpetanos ocuparon toda la parte montañosa de Cuenca. El año 178 antes de Cristo fue tomada Segóbriga por Sempronio Graco; el 146 antes de Cristo Viriato se apodera de Segóbriga. En el año 1091, al casarse Alfonso VI con la princesa Zaida, hija del rey moro de Sevilla, éste aportó como dote las plazas de Cuenca, Huete y Uclés. El Fuero de Cuenca fue otorgado por Alfonso VIII en el año 1189. Nace en Cañete Don Alvaro de Luna, en 1388; ante el Castillo de Garcimuñoz muere Jorge Manrique. Un conquense, Alonso de Ojeda, en 1499 descubre y da nombre a Venezuela. En 1572, nace en Belmonte, Fray Luis de León, y en 1753 nace en Horcajo de Santiago, Lorenzo Hervás y Panduro. En 1808, Cuenca, Huete y Tarancón son ocupadas y saqueadas por los franceses, etc, etc.

El embrujo de Cuenca nace ya de su emplazamiento privilegiado, pues muchas de sus casas parecen como una prolongación de las mismas rocas. Hay quien dice que Cuenca es una ciudad rupestre, profundamente original. Como

plaza fuerte que fue, está situada en un espolón rocoso, angosto y alto, entre dos profundos fosos labrados por los ríos Júcar y Huécar que forman dos cañones de trazado sinuoso, desde donde se contemplan paisajes pintorescos más propios de cuento de hadas. El caserío antiguo de Cuenca, de romántica silueta, erguido sobre una colina, parece el Belén de un nacimiento, es un nido de águilas hecho sobre una roca, decía Pío Baroja. Y como bien dijo ese mismo autor, nuestra ciudad tiene algo de castillo, de convento y de santuario, es una creación completa, un producto estético, perfecto y acabado. Tanto la capital como la provincia tienen personalidad propia y esperamos que cada día haya más gente que ame a Cuenca por lo que es, por lo que ha sido y por lo que será, ya que estamos en disposición de que el embrujo de su tierra, el carácter de sus gentes, su gastronomía inigualable, la universalidad de sus vinos y del queso, sus rincones llenos de fantasía y exotismo, sean nuestra mejor tarjeta de presentación.

Se dispone de unos monumentos dignos de contemplación y de estudio Su Catedral, cuya construcción inició Alfonso VIII en 1182, admirable edificio gótico anglo-normando, ejemplar único en España. La antigua Iglesia de San Miguel; la de San Pedro, del siglo XVII; las Petras, iglesia elíptica del siglo XIII; San Felipe, de estilo barroco; la Torre de Mangana; el Convento de San Pablo; el de San Antón, del siglo XVI con Iglesia del XV y patio plateresco; el Hospital de Santiago, del siglo XV; la Ermita de la Virgen de la Luz, Patrona de la ciudad; la Ermita de la Virgen de las Angustias; la Iglesia del Salvador, etc.

Otros lugares destacados son las famosas Casas Colgadas, suspendidas del abismo por un milagro de geometría casera; el Puente de San Pablo, tendido sobre la Hoz del Huécar; la Ciudad Encantada, fenómeno geológico único, resultante de la erosión producida por filtración de las aguas en un terreno calizo, donde, al pasear, nos da la impresión de estar en un mundo irreal, pues sus piedras crean un original panorama con esas mil formas fantasmagóricas y gigantescas, las cuales originan un conjunto que desborda a la imaginación más creativa y audaz; las Torcas, curiosos fenómenos producidos por los hundimientos del terreno debido a la acción de las aguas subterráneas.

Célebres Hoces formadas por sinuosos cauces, como la del Júcar, la de Beteta, del Huécar, de Valdecabras, de Las Valeras, etc, situadas en estrechos valles con laderas de fuerte pendiente. Callejón de Las Majadas, que presenta un fenómeno similar a la Ciudad Encantada. Famosas Lagunas pueblan la provincia, como las situadas en Mota del Cuervo (Manjavacas, Dehesilla, Melgarejo, Alcahozo, Navalunga,) todas ellas con abundante variedad de fauna, pues son lugares para invernar y de cría. Y aunque esta provincia está carente de balnearios universales, a excepción del que existe en Solán de Cabras, que por cierto es de gran calidad, disponemos de magníficos manantiales, los cuales si nuestro espíritu comercial arreciase más, estos lugares paradisiacos alcanzarían la fama y el prestigio que se vienen mereciendo ya hace mucho tiempo. Las célebres aguas clorurado-sódicas, sulfatadas, magnésicas

y bromuadas de Belinchón. Las universales aguas bicarbonatado-cálcicas de Solán de Cabras, indicadas para afecciones gastrointestinales y aparatos genito-urinario. Las aguas alcalinas, sulfatadas, bicarbonatadas de Valdeganga, indicadas contra el reuma, gota, artritis, etc. Y un sinnúmero de manantiales en toda la provincia que esperan "un alguien" para hacerlos rentables y famosos.

Tres áreas reciamente ensambladas pintan el mapa de Cuenca: Mancha, Alcarria y Sierra. La Mancha, de espacios interminables, sin obstáculos que limiten la visión, en donde el horizonte es infinito, rica tierra de cereales, vid y olivos, de buena gente y muy emprendedora. La Sierra, prototipo de paisaje vertical en donde éste da vida a grandes masas forestales, terreno áspero y accidentado de ingentes rocas con bruscas formas que dan esplendor, en donde los ríos corren por doquier. Sus bonachonas gentes y su hospitalidad son claro ejemplo de su raza. La Alcarria, de belleza bravia, en donde la labor de erosión de su ríos cuyos cauces están poblados de recovecos, originan lugares increíbles, como el estrecho de Priego; es la tierra del mimbre y de la miel, con gentes dicharacheras y encantadoras.

Para los espeleólogos, en la provincia abundan las simas y las cavernas. Son célebres más de doscientas, destacando: La Cueva Santa, de Mira, de unos 25 m. de diámetro y 8 m. de altura, en cuyo interior hay un santuario; la de los Griegos, en Masegosa, con más de 200 m. de longitud; Cueva de la Dehesilla, en Valdecabras, de más de 200 m. cuadrados; Cueva de la Judía, en Valera de Abajo; Cueva de la Lobera, en el Monte Picuerzo; Cueva de la Vega del Codorno, etc. Todas ellas encierran alguna historia o leyenda dignas de conocer.

También hay lugares exóticos en donde se puede practicar la caza menor y mayor. Y por otra parte, al tener la provincia cuatro cuencas hidrográficas: Tajo, Júcar, Turia y Guadiana, dispone de cotos de pesca de todo tipo.

Tanto la capital como la provincia cuentan con lugares repletos de historia, como la Iglesia Parroquial, antigua Colegiata del siglo XV y Castillo del mismo siglo, erigidos por el Marqués de Villena, en Belmonte. El Palacio Episcopal del siglo XIII y muralla romana que circundó a Huete. Plaza Mayor, Colegiata, Monasterio de San Francisco, en San Clemente. La Iglesia gótica y el antiguo Castillo, en Tarancón. Los Molinos de Viento e Iglesia Parroquial, en Mota del Cuervo. Ruinas de la Gran Valeria y Segóbriga. El Monasterio de Uclés, llamado "El Escorial de la Mancha"; el incomparable nacimiento del Río Cuervo; las lagunas de Uña y la Toba; el Museo Arqueológico Provincial, y un etcétera inacabable de lugares en la mayoría de nuestros pueblos.

¡Qué tal, amigos?. ¿Es, o no, un crimen desconocer todo esto?. Con ello queremos demostrar los conqueses que esta hermosa tierra nuestra de belleza salvaje y grandiosa, cuyo embrujo y encanto no tiene límites, merece ser conocida por el eslogan de "Cuenca es única" dejando en el olvido la vieja historia del crimen, por otra parte, nunca cometido.

## BANDOLEROS EN LA SERRANIA

Allá por el año 1842, cuando apenas hacía diez años había sido indultado el bandolero romántico andaluz José María "El Tempranillo", en nuestra Serranía existían ya varias bandas armadas, las cuales llevaban a cabo acciones en sendas, caminos y en ocasiones en los mismos pueblos de la demarcación en la que se encontraban. Nunca mataron a nadie, aunque sí hubo heridos muchas veces por caídas o al ser zarandeados cuando alguien se negaba a entregarles lo que llevaban encima.

Las múltiples cuevas que había en nuestra Serranía les servían de lugar de refugio y pasaban de unas a otras continuamente con objeto de despistar a la justicia cuando ésta les perseguía. No era fácil seguir sus huellas sin peligro de perderse, pues estas bandas se conocían toda la Sierra palmo a palmo y recorrían estos parajes con suma facilidad, amparados por la tupida espesura de los bosques.

Cuentan que unas noches antes de Navidad, en el año 1843, se llevó a cabo un espectacular robo en una finca, pues al amanecer echaron de menos una buena cantidad de ovejas, varios cerdos y dos cabras. Efectuaron de tal modo esta acción que no dejaron ni la más leve señal en su huida, si bien en ocasiones dejaban huellas engañosas con premeditación que hacían perder mucho tiempo al seguirlos en aquellas zonas repletas de matorrales, mientras los bandoleros aprovechaban para alejarse en dirección contraria.

Después de este atraco fantasma, se comentó que todo lo que robaron fue para pasar aquellas fechas con suficiente comida, no sólo ellos sino también algunas de las bandas armadas que por allí pululaban, las cuales, a veces, llevaban a cabo operaciones conjuntas como, quizá, en esta ocasión.

A los pocos días, una banda armada se presentó en un pueblo para llevar heridos a fin de que el médico les curase, pues en una refriega con agentes de la justicia habían resultado cuatro de ellos con pequeñas heridas, y, aunque no eran de consideración, debían ser curados por manos expertas, pues alguna infección podía poner en peligro sus vidas. El pequeño pueblo fue rodeado y

sus pocas calles estrechamente vigiladas por los compañeros de la banda para evitar que les tendiesen alguna emboscada.

También se cuenta que una mañana, y casi a las puertas de Cuenca, se cometió un robo de gran importancia por una de esas bandas, informada de que en un vehículo de dos ruedas grandes, descubierto y tirado por una sola caballería, en donde iban dos hombres solamente, se transportaba una considerable suma de dinero. Carecían de cualquier protección con objeto de hacerles pensar que en aquel vehículo con sólo dos ocupantes no se trasladaba una importante cantidad de billetes de curso legal y saquitos de monedas de oro.

La operación se efectuó a unos diez kilómetros de Cuenca y de una manera muy rápida, puesto que los dos hombres que ocupaban aquel tilburi se vieron en la necesidad de detener su vehículo en una curva del camino por el que transitaban al estar atravesado éste por un árbol de grandes dimensiones. En el mismo momento de intentar retirar el obstáculo aparecieron ocho bandoleros mostrándoles unos enormes trabucos al tiempo de rogarles que les entregasen uno de los sacos que llevaban bajo los asientos. Así lo hicieron, pero el cabecilla del grupo, una vez que le echó una ojeada, les pidió los otros dos que aún tenían escondidos en la parte baja del vehículo. Desestimó otro de los sacos al mirar en su interior, quedándose con el tercero y último. Los dos anteriores contenían sólo abundante paja y grama.

Con la misma rapidez que aparecieron lograron desaparecer, dejando a aquellos dos hombres temblorosos y con los rostros desencajados por el momento pasado, ya que temieron ser objeto de unos palos o de un disparo de alguna de aquellas tremendas armas de fuego. Al comprobar que habían desaparecido, se subieron al coche, le dieron la vuelta con la ayuda de la caballería y emprendieron veloz carrera en dirección a Cuenca.

En la ciudad, este hecho tuvo comentarios para todos los gustos, saliendo al poco tiempo un numeroso grupo de gente armada de la casa o empresa que había sufrido el robo. Al siguiente día se comentó en Cuenca que habían logrado dar con el paradero de los bandoleros, a los cuales les dispararon durante un buen rato, pero que desaparecieron de forma misteriosa sin que lograsen dar nuevamente con ellos. Decidieron entonces volver, ya que era casi de noche y no iban provistos de material adecuado para hacer una persecución en regla a esas horas, además, estaban convencidos de que si se adentraban por aquellos bosques podrían ser aniquilados.

Mientras tanto, la banda que había sido tiroteada, una vez que pudieron despistarlos quedaron en reunirse en una cueva próxima a Valdecabras, pero llegado ese momento el cabecilla no se presentó por encontrarse con dos heri-

das que le imposibilitaron desplazarse. Quien le acompañaba cuando recibió los disparos explicó que estaba escondido en una casa de campo no muy alejada de aquel lugar, pues él mismo había pedido que le llevase allí y que se reuniese con el resto para comunicarles lo que pasaba, que no se preocupasen y estuviesen atentos a sus perseguidores, por lo que decidieron alejarse adentrándose en otro lugar más boscoso. Con el jefe tendrían contacto diario para recibir las órdenes oportunas, aunque por lo pronto no se moverían.

Todas estas noticias eran comentadas en Cuenca por alguien que lo había oído en un pueblo cercano, pero bien podían ser una trepa para despistar y así se lo comunicó a la justicia.

Se supo después que efectivamente el cabecilla de la banda armada recibió un disparo en una pierna y otro en el hombro izquierdo, siendo atendido por una familia que criaba vacas y ovejas en una finca no muy lejos de Cuenca.

Las malas lenguas decían que había sido atendido por la hija de un ganadero a quien él le salvó la vida en un atraco que le hicieron en su finca años atrás, y desde entonces ambos jóvenes se sintieron atraídos. Al parecer, también les había ayudado cuando los animales que criaban sufrieron una epidemia y él les prestó dinero para salir del apuro.

Se fue pasando el tiempo sin que nada cambiase, puesto que las sendas, caminos y casas de campo continuaban en manos de las bandas de aquellos bandoleros románticos que recorrían nuestra Serranía de una parte a otra e incluso hacían alguna que otra incursión por tierras manchegas, aunque realmente estos grupos armados veían mermar sus efectivos, pues muchos bandoleros querían volver a sus pueblos dejando aquella forma de vivir. Solicitaban la concesión de indulto porque ninguno tenía sobre sus espaldas muerte alguna, sólo pequeños robos y algún que otro acto de rapiña de más consideración.

Pero un hecho ocurrido una tarde calurosa de verano vino a tender la mano al grupo que operaba desde siempre por Cuenca y por la Serranía. Una tormenta cargada de aparato eléctrico se desencadenó ocasionando un fuerte incendio por la caída de un rayo, poniendo en peligro la vida de los ocupantes de tres fincas que llegaron a estar rodeadas por enormes llamas. Este grupo, con su cabecilla al frente, lograron rescatar a todos con riesgo de perder sus vidas.

Este heroico acto les sirvió para que fuesen perdonados y, poco a poco, fueron todos indultados de su pasado, con sus familias y olvidándose de aquellos años de vivir siempre bajo la mirada de la justicia. También se acogió al indulto aquel cabecilla de la banda, el cual pudo unirse a aquella joven que amaba dejando de ser uno de los bandoleros de nuestra Serranía.

## EL LOBO DEL CASTILLO

Aún recuerdan algunas personas mayores aquella leyenda, o hecho real, que aconteció en el barrio del Castillo sobre la existencia de un lobo que fue encontrado en su cubil cuando era un cachorro de apenas varios días. Esto tuvo que acaecer a finales del siglo XIX, algunos años después del célebre año 1885, que fue denominado como "El año del cólera".

Corría el mes de abril cuando una tarde, un padre y su hijo recorrían una zona boscosa buscando el rastro de una manada de jabalíes que en varias ocasiones habían visto pasar por allí. Cuando se encontraban a punto de hallar lo que buscaban, se dieron cuenta de cómo una loba trasladaba a un lobezno con su boca pegada al cuello de aquél. Tan atareada estaba aquella paciente madre que no se dio cuenta de la presencia de los dos hombres, y sin dejar al lobato, avanzaba lentamente desde su cubil, que estaba situado junto a unos enormes troncos, hasta unas oquedades no muy lejanas de aquél. Esta operación de traslado de un animal tan pequeño, no era fácil pero resultaba imprescindible para protegerlo de posibles depredadores.

Al ver aquella escena, sintieron curiosidad por comprobar si en el cubil de donde procedía había algún otro lobato y se fueron acercando cautelosamente. Grande fue su sorpresa cuando vieron que un cachorro, igual que el otro, permanecía echado plácidamente sobre una alfombra de ramas y hojas. Sin pensarlo dos veces, lo cogieron entre sus brazos y corrieron rápidamente a esconderse, pues querían ver el comportamiento de la madre al regresar a su cubil y descubrir que su cachorro había desaparecido.

Esta no se hizo esperar. Pasó al cubil y salió rápidamente, se detuvo y giró su cabeza hacia todos lados, estiraba sus cortas orejas y movía sin cesar su larga cola. Así permaneció unos minutos observando detenidamente en todas direcciones, retirándose después con cierta lentitud mientras oteaba todo lo que había a su alrededor. No pudo ver a los dos hombres, que estaban muy bien escondidos, por lo que pasó de largo en dirección opuesta a Cuenca.

Una vez que la loba se había distanciado suficientemente, aquellos dos hombres se alejaron en sentido contrario con todo tipo de precauciones, ya que en cualquier momento podía volver la madre y ver como se llevaban a su cachorro. Poco a poco se fueron distanciando sin que su presencia fuese descubierta, y, aún así, taparon casi completamente aquel lobezno, cuyo color de pelo y enormes ojos había llamado la atención de ambos raptos. De cuando en cuando, el hermoso lobato lanzaba unos gruñidos como si se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Al llegar al barrio lo fueron mostrando a todos los que se encontraban por la calle, causando la admiración general, pues se trataba de un precioso lobato. Cuando llegaron a su domicilio la alegría de su familia fue grande, así como la de todos los vecinos. Siempre habían soñado con tener un cachorro de lobo para domesticarlo, pues ya el abuelo tuvo uno que murió cuando aún no tenía seis meses cumplidos a consecuencia de una extraña enfermedad, así que el lobezno les llenó de esperanza para conseguir lo que con el anterior no pudieron.

Como hacía aún quince días que una robusta y esbelta perra que tenían, había parido tres preciosos cachorrillos, uno de los cuáles nació muerto, decidieron que el lobato ocupase su lugar. En los primeros momentos la perra no lo aceptaba y tuvieron que amamantarlo con leche de cabra; pero no dejaron de insistir y comenzó a jugar con sus cachorrillos. Aquello fue decisivo para que la perra terminase aceptándolo como si de uno de los suyos se tratase. Así que día tras día convivió con ellos; jugaba y recorría las calles del barrio como un perro más, sin que ningún vecino lo viese con malos ojos, puesto que era un animal mimoso y juguetón con toda la gente, pero sobre todo con los niños. Poco a poco se fue ganando el cariño del barrio entero hasta el punto de que pasaba a todas las casas y era tratado con especial esmero, como si se tratase de algo común que debían cuidar.

A la llegada del primer invierno, el lobato ya era un robusto y precioso animal de cabeza amplia, hocico puntiagudo con poderosas mandíbulas, graciosos ojos oblicuos y ancho cuello. No obstante lo que más les llamó la atención fue el cambio experimentado en su pelaje, pues su corto pelo pasó a ser largo y grisáceo, dándole un aspecto de gran vistosidad y poderío.

Un día ocurrió un caso espectacular. Al rayar el día ya le echaron en falta y no lo encontraban por parte alguna del barrio, llegando todos a pensar que se había ido con los de su raza al bosque, a la montaña. Aquello preocupó y entristeció, tanto a la familia como a los vecinos, pero cuando las luces del día iban tocando a su fin, se armó un revuelo entre la gente del barrio, pues apareció trayendo cogido entre sus fuertes mandíbulas un pequeño jabato, al que había aniquilado de un fuerte bocado en el cuello, según pudieron comprobar. Este hecho dio motivo a todo tipo de comentarios y les hizo pensar que, quizá, al ir creciendo y haciéndose mayor, dejase de ser un dócil y agradable animal para convertirse en un peligroso y temible "carnicero".

A pesar de todas aquellas suposiciones o creencias, el lobo continuó comportándose de igual manera que lo había venido haciendo siempre. Un nuevo hecho vino a confirmar que parecía más un ser dotado de conocimiento y que el cariño que sentía por los niños era realmente ejemplar. Todo esto lo llegó a demostrar cuando llegaron unas fuertes nevadas que dejaron toda aquella parte de la ciudad con más de una cuarta de nieve sobre las calles y muchísimo más en los alrededores de la población.

Transcurridos unos días, un grupo de niños y niñas salieron a las afueras del barrio entreteniéndose en hacer los típicos monigotes de nieve o enormes bolas en un campo cercano. Como aquel lobato era tan amigo de los niños, les acompañaba

a todos los sitios corriendo siempre a su alrededor e interviniendo en sus juegos y correrías, pues era la mascota ideal que todos adoraban y querían.

Después de hacer aquellas figuras gélidas se pusieron a lanzar bolitas de nieve unos a otros, lo que hizo que se desplazasen de una parte a otra del campo. Esto motivó que algunos se escondiesen en el bosque próximo al lugar en donde correteaban, ya que se apartaban para preparar sus bolas de nieve y luego lanzarlas al primero que se aproximase a ellos. De pronto unos gritos desgarradores procedentes de aquel bosque dejó a todos impresionados, no sólo por su potencia sino por su tono de angustia. Se trataba de una niña.

Sin pensar el peligro que podían correr, todos los niños se dirigieron hacia el lugar de donde procedían aquellos espantosos y a la vez angustiosos gritos pero grande fue la sorpresa de todos cuando vieron que delante de la niña, aquel lobo amigo lanzaba estremecedores gruñidos a dos enormes lobos que intentaban atacar a la pequeña, que se hallaba como petrificada muy cerca de él. Como estaban a corta distancia, estos momentos fueron tensos para todos; gruñían y se movían como si de un momento a otro se fuesen a lanzar sobre la asustada niña. Sin embargo antes de que esto llegase a ocurrir, aquel lobo, entrañable defensor de los niños, se lanzó hacia sus extrañados congéneres con tal celeridad y fuerza que retrocedieron inmediatamente dándose a la fuga.

Este detalle de lealtad de nuestro lobo hizo posible que la angustiada niña pudiera regresar con sus compañeros junto a su familia, que, al enterarse de aquella gesta bendijo a aquel noble y querido animal.

Pero no solamente realizó aquella bella acción, unos años más tarde llevó a cabo algo que erizó los cabellos a todo el barrio. Un día salieron sus dos raptos de caza y él les acompañaba como siempre, pues éstos colocaban lazos para cazar animales dañinos y otros que les proporcionaban buena carne. Sin apenas darse cuenta, se vieron amenazados por una manada de hambrientos lobos, que les obligaron a guarecerse en una pequeña cueva protegida por aquel noble y siempre fiel animal. Aquellos cánidos se fueron acercando a la cueva en cuya puerta de entrada se hallaba el entrañable lobo lanzando gruñidos escalofriantes, y aunque, uno tras otro, intentaron adentrarse ninguno logró hacerlo a costa de terribles zarpazos y bocados que recibió aquel cachorro que un día fue robado por sus defendidos.

En esta grave situación se encontraban cuando un grupo de hombres llegó en su ayuda, hallando al querido lobezno muy mal herido, medio derrumbado en el centro de la puerta de la cueva y protegiendo a su dos amigos con guturales sonidos.

Unos disparos alejaron a los enfurecidos lobos mientras salían de la cueva, llorando como verdaderos niños, sus buenos amos, a los que había salvado de una horrible muerte. Unos días después moría dulcemente aquel adorado lobato que les dejó un recuerdo imborrable, pues durante muchos años se habló de él y se contaron las hazañas del Lobo del Castillo.

## EL TESORO DEL CASTILLO

Esta leyenda nos traslada a la época de la Inquisición, cuando se empezaron a construir las casas inquisitoriales en la fortaleza conquense, allá por el último cuarto del siglo XVI. El Santo Oficio estaba instalado en la casa del Arcediano, ubicada en la calle de San Pedro, en Cuenca.

El Alcázar, fortaleza que los árabes habían construido, fue totalmente derribado por mandato de Enrique IV, aunque también se dice que fueron los Reyes Católicos los que ordenaron derribar el "Castillo", dentro del espacio ocupado por las edificaciones construidas en la época del castillo islámico, dado que los árabes eran amantes de aquel tipo de excavaciones, algunas de ellas realizadas en roca viva.

Al llevar a cabo la tarea de limpiar de escombros aquel espacio destinado a casas inquisitoriales, aparecieron diversos aljibes, varios pasadizos y una cueva de gran profundidad en la que se pudieron apreciar varias dependencias. Se bajaba a éstas por una escalera de roca, al final de la cual había un pasillo estrecho y a su lado derecho tres habitaciones, cada una con fuerte puerta de hierro. Dichas dependencias medían unos cuatro metros de largo por dos metros de ancho y tenía una pequeña ventana con gruesos barrotes que permitían, solamente la entrada de aire puro de la misma hoz del Huécar.

Precisamente en estas estancias, se cuenta que estaba la caja fuerte en donde hubo escondido un tesoro, de gran cantidad de monedas de oro. Según parece, cuando el poderío islámico estuvo en todo su esplendor, se eligió este lugar para esconder enormes cantidades de monedas de oro, por tratarse de un refugio de máxima seguridad y al mismo tiempo estar alejado de las primeras líneas de lucha con los cristianos.

La leyenda continúa diciendo que este escondrijo les servía para ir escondiendo el oro que los árabes conseguían en sus incursiones por otras tierras cristianas. Decían que, de cuando en cuando, llegaba una "reata" de animales de carga trayendo unas alforjas repletas de aquel importante y valioso metal. Este grupo de caballerías, en hilera, se acercaban custodiadas por un elevado número de soldados árabes y siempre aprovechaban la oscuridad de la noche para acercarse hasta la fortaleza, en donde se comentaba qué traerían, ¿viveres o qué otra cosa?

Un día llegó otro cargamento y, como siempre, venía precedido de un grupo de soldados a caballo tras de los cuales se podía ver a los animales custodiados y,

detrás otro respetable número de soldados. Como era muy pronto, se vieron en la necesidad de acampar en el actual Recreo Peral, ya que hasta que no llegase la noche no querían pasar por las calles de la ciudad, pues aquellas misiones no debían ser conocidas. Para quitarle importancia llevaban sobre las bestias distintos enseres, pero los saquitos repletos de monedas iban en el interior de las bolsas que transportaban los animales a ambos lados de su grupa, que simulaban ser sacos de víveres para la guarnición.

Cuando la luz se iba transformando en oscuridad iniciaron el camino de ascenso, puesto que la entrada la llevaban a cabo por la Puerta de San Juan. En aquella pendiente los brutos animales se las veían y se las deseaban para llegar, casi siempre tenían que ser ayudados por los soldados que les empujaban con todas sus fuerzas en medio de una casi total oscuridad, guiados sólo por unas pequeñas antorchas que a veces asustaban a los animales produciendo el consiguiente alboroto.

Ocurrió que, cuando apenas faltaban unos metros para cumplir su objetivo, una de las bestias cargada se precipitó al suelo de manera tan aparatosa que una de las bolsas de monedas de oro se rompió y se disgregaron por el suelo bajo el natural asombro de aquellos hombres que ignoraban cuál era el contenido de lo que transportaban. No obstante, varios de los encargados de la custodia y transporte del cargamento, las recogieron con la mayor rapidez posible, comunicando a los demás que se trataba de un pequeño presente que un cristiano hacía a los árabes por la ayuda prestada, pues ellos sabían que era verdad que algunos cristianos pagaban ciertos tributos por dejarles en paz cuidando su ganado o sus campos cultivados.

Una vez superada la Puerta de San Juan, se dirigieron calle arriba hacia la Plaza Mayor y después a la Fortaleza en el actual barrio del Castillo. Allí se encargaban de sacar, de la forma más misteriosa el valioso cargamento depositándolo en una de aquellas dependencias subterráneas preparadas para tal fin. Se llegó a asegurar que lograron llevar allí una cantidad enorme de sacos de monedas de oro, un gran tesoro escondido a bastantes metros bajo tierra.

Muy cerca de la cueva del tesoro apareció después otra que se dividía en dos ramas con direcciones distintas, una daba a la Hoz del Huécar y la otra a la Hoz del Júcar, ya que ambas hoces están separadas por unos 120 metros aproximadamente. Parece ser que esta cueva con dos pasadizos totalmente opuestos servía para entrar y salir personas o cosas que no interesaba se supiese. De ambas aberturas al exterior de las hoces descolgaba una especie de escalera hecha con cuerdas de esparto que permitía subir y bajar, sin ningún tipo de complicaciones, a la vez de poder hacerlo en horas clave.

El descubrimiento de estas cuevas dio pie para escucharse muchas versiones de aquel supuesto tesoro escondido, ya que al parecer aseguraban que los árabes, al ser conquistada Cuenca de forma imprevista, no tuvieron tiempo de trasladar aquel inmenso tesoro a Granada, lugar al que iba dirigido el cargamento. Había quienes decían que debieron tapar la cueva en donde se hallaba escondido el oro,

mientras otros mantenían que había sido trasladado a tierras andaluzas antes de la pérdida de Cuenca. Ninguna de estas versiones se ha podido comprobar nunca, por lo que el misterio del tesoro del Castillo pasó a leyenda y el paso del tiempo no ha desvelado esta incógnita.

Por ese motivo, en el año 1622, se produjeron una serie de excavaciones en el solar del Castillo para búsqueda de aquel tesoro oculto. Fue necesario que el entonces rey Felipe IV firmase un permiso a los que habían solicitado la citada excavación con objeto de llevarla a cabo lo antes posible. La Real Cédula fue expedida con fecha 10 de noviembre del citado año, cuando aquel lugar estaba ocupado por las casas inquisitoriales del Santo Oficio, detalle que desagradó a los inquisidores.

El resultado de tales excavaciones fue el hallazgo de orzas, jarras, redomas, ollas, tinajas, e incluso algún que otro arcabuz; pero no lograron encontrar ni el más leve indicio de la existencia del tan traído y llevado tesoro musulmán. Lo que sí se consiguió fue crear ciertas asperezas entre la Corte del Rey Felipe IV y el Santo Oficio, por autorizar la excavación en el espacio ocupado por ellos, cosa que enfadó a los dos inquisidores del Tribunal Inquisitorial del Santo Oficio de la ciudad de Cuenca.

El misterio de la existencia del tesoro del Castillo continúa aún sin descifrarse, quedando la duda de si realmente este lugar sólo fue para reunir y trasladarlo después a tierras en donde los musulmanes se encontraban más seguros y fuertes, o si en verdad está todavía en el subsuelo de nuestro Barrio del Castillo, en otra cueva que ellos tuvieron más oculta y ante el miedo de perder Cuenca la tapaban con rocas y piedras disimulando su existencia, ya que eran expertos en el manejo y erosión de la roca viva.

Quien sabe si algún día tenga lugar un importante movimiento de tierras de esta zona del Castillo y se tropiece con la grata sorpresa del hallazgo del histórico y supuesto tesoro del Castillo. También ha llegado a decirse que en el último invierno antes de la toma de Cuenca por el rey Alfonso VIII, varias caravanas en las que se apreciaba buen número de mulos provistos de albardas repletas, acompañados de un nutrido grupo de soldados, salieron con rumbo desconocido, comentándose que se trataba de envío de víveres a puestos adelantados y no muy alejados de aquí.

Lo curioso de estas salidas era que el regreso de la comitiva se realizaba a los tres o cuatro días, por lo que era imposible su llegada a fortalezas árabes importantes, haciendo bueno el comentario de que se trataba en verdad de aprovisionamiento a posiciones cercanas.

En definitiva, pese a tantos dimes y diretes, la opinión más creíble y razonable es que aún permanece escondido en alguna cueva, pasadizo o cualquier otro tipo de cavidad subterránea, ese tesoro ya mítico, haciendo que esta leyenda no sólo haya perdurado muchos siglos sino que continuará estando viva en las mentes de futuras generaciones.

## CUENCA, TIERRA DE EMBRUJO

Marciano Zurita, en un soneto dedicado a Cuenca, decía "Trepando por las recias quebradas montaraces, tu noble caserío sube de peña en peña, con el robusto empuje de los pueblos audaces, a quienes la llanura les parece pequeña". Tierra de extraños encantos, en donde la imaginación más audaz se queda perpleja ante singular acto de brujería. Sus casas emergen de las mismas piedras de figuras espectaculares, como si de un mundo de fantasía se tratase, al tiempo de darle una tonalidad ciclope.

El sabor ancestral de Cuenca se aprecia con el solo hecho de recorrer sus calles y muchos lugares de la provincia, en donde se conjugan la armonía, el equilibrio, la belleza natural y salvaje, la originalidad, la verticalidad, que hacen de ella -como dicen muchos autores: "Conjunto único e irrepetible".

Hay quienes dicen que Cuenca es un accidente orogénico, como si se hubiese abierto la tierra ofreciéndonos este lugar de sin par belleza, en donde la originalidad, la fantasía y el encantamiento juegan sus bazas más fuertes. Esta ciudad que tiene mucho de castillo, convento y santuario nos presenta a su vez una belleza salvaje y grandiosa, que parece el producto de un sueño fantástico.

Ciudad estratégicamente emplazada en un espolón de calizas cretácicas, en donde confluyen el Júcar y el Huécar con sus profundas hoces, está encastillada sobre la cima de ese excepcional reducto natural que ha ido apiñando edificaciones en el peñasco que le sirve de asiento, haciendo más bien una ciudad en un nido de águilas.

Entre sus lugares paradisiacos cuenta con la Ciudad Encantada, fenómeno geológico como consecuencia de la continua erosión producida por el viento y sobre todo el agua, ya que es un terreno calizo. Aquí la piedra ha creado una ciudad sin ruidos, muda, solitaria, como si de un encantamiento se tratase. Ella exhibe sus peñascos calizos moldeados que parecen ser producto de la imaginación más creativa, como si allí se durmiese un sueño eterno. No sólo es la fantasía de la piedra la que ha creado semejante encanto, también esa escultora genial que es el agua, en una labor silenciosa y paciente, dando grandiosidad

a los más raros peñascos, muchos de ellos en un desafío constante a las leyes de la gravedad.

Si a esto añadimos el olor salvaje de sus plantas aromáticas, como la menta, el tomillo, el espliego y la mejorana, así como la elegancia de los enebros, los pinos y las sabinas, vemos que son un complemento ideal de aquellos pétreos volúmenes o moles rocosas entre los que destacan el Tormo, el Puente Romano, las Bodegas, el Cocodrilo, el Elefante, etc.

Uno de los más bellos parajes serranos es el Nacimiento del Río Cuervo, donde su vegetación, pinos, agua y piedra, constituyen el artesanado ideal de cascadas de enorme vistosidad y belleza originadas por la caída del agua desde gran altura.

Otro de los grandes espectáculos serranos son sus Hoces, las cuales son el resultado del lento pero incansable discurrir del agua sobre la roca a lo largo de millones de años. Aquellos cauces tremendos de los ríos han ido disminuyendo paulatinamente hasta originar profundas hondonadas por donde discurren lentamente escasas y, a veces, hulas corrientes de agua. Entre las más bellas y singulares tenemos la Hoz del Júcar, la de Fuertescusa, la de Tragavivos, la del Huécar, la de Valdecabras, la de Las Valeras, la de Valdeasnos, la de Poyatos, etc.

Por estos lares ocurren curiosos fenómenos, tales como unos hundimientos que forman inmensas oquedades en la tierra en forma de cono invertido, producidos, al parecer, por la acción disolvente de las aguas subterráneas, llamando a estos huecos Torcas. Llegan a alcanzar más de un centenar de metros de profundidad y varios cientos de metros de diámetro en su boca. En los Palancares hay una treintena de Torcas y se cree que en alguno de esos muchos rincones misteriosos que tiene puedan aparecer en cualquier momento otras oquedades, pues hay terrenos que parece se hundan poco a poco.

Hay un dicho serrano muy antiguo que hacía la siguiente deducción: "En nuestra Serranía no hay paraje sin cavernas, ni moza con malas piernas". Y así es, a lo largo y a lo ancho de nuestra Serranía existen cientos y cientos de cavernas, de todos los tamaños y formas. La mayoría de ellas cuentan con alguna leyenda o historia, en donde cuentan cómo los bandoleros pasaban largas temporadas ocultos después de alguna acción, evitando así que fuesen cogidos por la justicia. En estos lugares el rumor de los pinos, el graznido de las aves y el silencio dan grandiosidad y misterio a estas oquedades que se hallan en las mismas entrañas de la tierra.

Si nos introducimos en la ciudad lo primero que nos llama la atención es la Torre de Mangana, que indica el lugar del Alcázar de aquella antigua fortaleza

árabe. La Iglesia de San Miguel, antigua parroquia restaurada como sala de conciertos. La Plaza Mayor que nos muestra ese encanto irregular de su forma, cuyas calles y rincones próximos a ella le dan variopintos contrastes. La Calle de San Pedro, en donde se aprecia que fue lugar en otro tiempo donde vivía la nobleza, dando fe de ello los escudos existentes en las fachadas de sus casas. La Iglesia de San Pedro, la Plaza del Trabuco, el Barrio del Castillo, la Catedral, el Seminario conciliar, la bajada de las Angustias y el barrio de San Martín son lugares emblemáticos de esta ciudad donde puede apreciar esa conocida simbiosis entre las rocas y las viviendas.

Un lugar privilegiado lo ocupa la Iglesia de San Pablo, situada sobre ese impresionante farallón rocoso rodeado de ese asombroso silencio que contrasta con el paisaje que desde allí se divisa. Otro rincón inverosímil, simulando un oasis entre un inmenso desierto de piedra en San Julián el Tranquilo. Y el verdadero remanso de paz, sólo perturbado por el rumor del agua, es el Recreo Peral, en la ribera del Júcar. Aunque, la nota pintoresca de la ciudad la da esa impresionante mezcla de arquitectura rocosa que proporcionan las Casas Colgadas, original construcción que parece proyectarse sobre el vacío, que parecen cabalgar sobre la masa rocosa que las acoge.

Y cuando esta ciudad es invadida por las tinieblas y se ve envuelta por la piedra y el silencio, hacen acto de presencia esas luciérnagas en forma de tulipa para dar luz a uno de los espectáculos más grandiosos que esta tierra tiene: la Semana Santa. En esos días de recogimiento contagioso, aquí el silencio es la tradicional manera de orar, sólo interrumpido, alterado, en el amanecer del Viernes Santo por las burlas, carcajadas, insultos, de una masa de turbos que reviven una de las más antañonas y entrañables costumbres del pueblo conguense. En esas noches de luz y silencio, como una ciudad dormida, Cuenca muestra cada año al mundo entero su encantamiento, su religiosidad y su embrujo.

Hablar de Cuenca es entrar en contacto con el arte de la brujería, con la magia, con el alarde, con el desafío, con la filigrana. Sus calles antiguas, verdaderos vericuetos con algún que otro pasadizo, dan espectacularidad a la vez que intimidad. Esta ciudad es irrepetible, con lugares fantásticos y sorprendentes donde rezuma una inigualable belleza salvaje proporcionada por su entorno; goza, además, de una sobria elegancia que la hace única bajo un secular encantamiento. De ahí el dicho de: "Cuenca, ciudad encantada, de gente encantadora".

## CUENCA, CIUDAD CICLOPEA

En la mitología griega se aplicaba el nombre de Ciclópea a ciertas construcciones ancestrales gigantescas, formadas por bloques irregulares que los griegos atribuían a los Cíclopes; en este caso, nos atenemos a los "constructores" a quienes se atribuyen los muros de los palacios micénicos.

Como para el hombre tiene carácter de enigmática la inexplicable brutalidad de las fuerzas naturales podemos definir a Cuenca como ciudad Ciclópea. Y como nuestra ciudad da pie a la fantasía, vamos a sumergirnos en el mundo de lo enigmático, de lo inexplicable y lo genial.

Si desde ese punto de vista analizamos la definición de Cíclope, no tenemos más remedio que atribuir ese calificativo a nuestra Torre de Mangana: "Gigante con un solo ojo en medio de la frente". Aquí disponemos de muchos Cíclopes, veáanse si no esos mogotes que custodian la ciudad, verdaderos gigantes pétreos cuyo enigma existencial deben a la madre naturaleza y a la brutalidad de las fuerzas de que dispone la misma.

Cuando aún no existía Cuenca, la población de sus contornos era omnícola y vivían de la caza y de la pesca; ya una calzada romana atravesaba el Júcar por el aún existente puente de "El Castellar", la cual proporcionaba a los habitantes de la ribera del Júcar un medio de vida: el pillaje. Con el fin de terminar con esos desaprensivos, un pretor romano establece un "castrum" en el emplazamiento del actual Castillo, donde un grupo de soldados vigilan la zona. Precisamente a su lado se fueron construyendo unas chozas que dieron lugar a "Conca", a la que después los árabes elevarían a gran esplendor.

Cuenca como ciudad es un conjunto de construcciones ciclópeas, tan pronto es pétreo, como hecha de tulipa, salvaje a veces, embrujada otras, pero siempre enigmática y desafiante. Tierra de extraños encantos donde la imaginación más audaz se queda perpleja ante semejante fantasía del constante desafío a las leyes de la gravedad

La antigua "Conca" es el más bonito accidente orogénico jamás creado por la naturaleza; su tonalidad ciclope hace de ella un conjunto irrepetible. Hablar de Cuenca es contactar con la quiromancia, con la brujería, con la magia, con el desafío, ya que cuenta con una sobria elegancia que la hace única bajo un secular encantamiento.

Por eso esta ciudad que parece brotar de las tinieblas, envuelta entre la piedra y el silencio, duerme en un dulce sueño que sólo es roto un amanecer por la carcajada, el insulto, la burla, la "pita" y la "palillada" de una masa de turbos que ofrecen su ancestral religiosidad en la más antañona costumbre del pueblo conquense.

Cuenca, al fin, es una ciudad Ciclópea por ser tierra de Cíclopes, e igual que aquellos griegos sugiere el relámpago, el trueno, la tormenta.

